REVISTA MULTICOLOR DE LOS SABADOS

CRITICA

MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

AÑO I — BUENOS AIRES, SETIEMBRE 16 DE 1933 — No. 6

$ 1 en Villa Desocupación

por

ENRIQUE AMORIM

Ilustración de Facio Hebequer

EDUARDO Galvi tenía ojos de ladrón. Esos ojos de párpados entrecerrados, atrapadores de gestos, ladrones de miradas. Galvi tenía boca de ladrón, hablaba ladeando los labios, robándole al lado izquierdo de su cara, un poco de la expresión natural. Galvi tenía nariz aguileña, de rapiña, y manos de ladrón, con sus dedos chatos, carnosos y las uñas recias. Pero Eduardo Galvi jamás hurtó nada a nadie. Quizá por esta particularidad, pensaba él, se veía obligado a morar en Villa Desocupación, esa ciudad blanca y chata, la más chata de las ciudades

Era un hombre de familia de pescadores. Al llegar a Villa Desocupación— lo llevaron allí unos amigos— respiró a pulmón lleno. Le parecía haber regresado al pueblo de sus mayores, en las rocosas riberas del Mediterráneo, frente al mar maravilloso. Cuando se vió entre las casillas de cinc, miró el río con ojos exploradores. Y, medroso como una rata, se escabulló hasta el balcón costanero. Un alto balcón blanco, de cemento, que se alza sobre el acantilado y permite una visual sobre las aguas. Se apoyó en él, y estuvo más de una hora mirando el río de la Plata, el río desierto, barroso, con su pequeño oleaje, con esas olas que parecen provisorias, para un rato nada más. Sin embargo siempre son las mismas, no cambian. Y, uno espera en vano que llegue un oleaje verdadero, un turbión de aguas marinas, y limpie esa corriente provisoria, como recién llegada a un cauce sucio.

Galvi, acodado en el balcón, pudo apreciar el cambio de tonos de aquella superficie. Se hacía la noche lentamente, con placidez. De espaldas al caserío de lata y madera, recordaba las caídas de sol en el Mediterráneo, sin importarle un rábano su miseria. Gozaba aquello, igual que un millonario.

Llegó un compañero y le dijo:

—Y... ¿vas a ocupar la casilla de la sección 10?... ¿Si o no?...

—Si el francés no viene más y me dejan caer allí... ¿Por qué no?...

Y así hablando, dió media vuelta y enfrentó la hilera perfecta de casuchas blancas. Villa Desocupación, ciudad de sueños rotos, colocada a la vuelta de todas las desesperanzas, al doblar la esquina de la miseria. Caserío blanco y chato, de un extraño orden y simetría, como si estuviese hecho para el porvenir. Sus callejuelas, con arbolitos recién plantados, donde los braseros y los hornillos a la intemperie dan la lumbre que hace evocar la vida de los pastores y la proximidad de las cabañas. Callejuelas estrechas, con sol, mucho sol y ningún niño. Sin una mujer que asome su cara o cuelgue sus polleras en los hilos de alambre. Las ropas a secarse, tienen el color pardo de la vestimenta de los hombres, de los hombres que sudan en vano. No hay alegría de colores y el blanco de las viviendas, con el humo, dan la uniformidad de un gris tranquilo y reposado. Villa de los sueños rotos y del ocio que forja veletas. Alocadas veletas con la brisa del río, veletas de los techos de Villa Desocupación, las más alegres y trágicas de todas las azoteas del mundo. Veletas que llenan los cuartuchos sórdidos, de un ruidito de aparato de relojería. Villa de ayer, que parece ansiosa de marchar hacia el más lejano porvenir, en las decididas varas de álamos y paraísos, árboles a crecer y futuros protectores de los miserables que vendrán. Quien los ha plantado, pensó en el mañana. ¡Qué mañana más inseguro y qué raíces más seguras las del árbol! ¿Quién disfrutará de esa sombra? Cuando sea una realidad frondosa, la escuálida rama de paraíso de hoy, ¿qué hombre fracasado dormirá a su pie? ¡Presarios terribles los de esos árboles! Quien los plantó, adivina o sabe, la tanda de sueños rotos que puede venir a esa comarca de lata. Menos mal que jamás podrá nacer allí un niño... No obstante esta certeza, infunde miedo la perfección con que se hacen esas casuchas y la presencia del árbol, impone terror. Cárcel abierta a los cuatro horizontes... Cárcel, porque todos los sitios donde no pueden entrar las mujeres son encierros para el hombre.

El ocio ha pintado con torpe habilidad, las puertas y ventanas. Ha hecho trepar veletas a las increíbles azoteas, y ha hecho florecer letreros con pretensiones: Artista de Teatro... Pintor de Santos... Venta de cigarrillos... Las calles tendrán bien pronto sus nombres recordatorios, en letras vivas. Una se llamará Primero de Mayo; otra La Marsellesa; alguna recordará una batalla de la gran guerra y tal vez un personaje de las monarquías que rodaron. Porque, seguramente, entre ellos hay monárquicos, burgueses fracasados, libertarios. Gente que no halló acomodo del otro lado.

Del otro lado... Galvi levantó los ojos por encima de los techos y pudo ver la ciudad de ladrillo y cemento envuelta en la bruma del atardecer. La ciudad de las mesas servidas y la ropa limpia.

—Quien vivió aquí hasta ayer —le dijo un vecino del número 814, de la sección 10a., — puede regresar mañana. Un trabajo conseguido hoy, bien puede perderse en seguida...

—No lo creas, Galvi — aseguró otro — el que vivía aquí, era un francés amigo mío y sé que se acomodó bien. Ese no vuelve ni a cambalachear la casa... Tiene seguro el puchero por un rato largo...

—Se la entrego si vuelve... ¡Qué más da! — objetó Galvi.

—Tuvo suerte el "francés"... Dicen que era ingeniero electricista...

Probaron unos mates, ofrecidos por "El Polaco", un pobre diablo con cuatro lustros de América. A su lado estaba un muchachote de escasos veinte años, aire pensativo, cabellos rubios y modales refinados, que contrastaban con los gestos de los demás. Tenía en un envoltorio de diarios, las sobras de comida conseguidas. De pronto El Polaco le interrogó:

—¿Qué hacías antes?

—Mucamo.

—¿Por qué te largaron?...

—Se fueron al campo...

—¿Querés unos mates?

—Bueno.



Sorbió el agua tibia del mate lavado del polaco, sin alzar la vista. La luz del brasero ya le iluminaba los pies, calzados a medias en unos duros y hostiles zapatos, cuatro o cinco números más bajos que su medida. Le sobraban los talones. Al caminar, parecía un gallo herido o un caballo espiado. Cada vez que hay que recurrir a una comparación, tratándose de seres en la miseria, no acude a la mente otro que la de los animales... Nada humano por cierto, pero así es... Se dice: como una rata; parece un oso, o un mono; parece un bicho raro...

El ex mucamo en desgracia se llamaba Gervasio. Como el suyo era un nombre que "se daba mucho" en la familia, se lo cambiaron. Respondía al de Felipe. Le dijeron que era más fácil. A él se le ocurrió que traía mala suerte el cambiarse de nombre y así fué. Cambiarse de nombre, es como jugarle sucio al destino. El día que la suerte los busca a los Gervasios, para ayudarlos — hay un día para cada nombre — halló al mucamo jugando a las escondidas con el suyo, y pasó de largo...

Gervasio tiene una pocilga con un compañero, quien falta a menudo. Este ha decorado el interior del cuarto, con retratos de artistas de cine, sacados de las revistas. Duermen entre cientos de miradas, de las más apetecibles mujeres del orbe.

Al compañero de Gervasio se le podía llamar "El filósofo". Es un hombre con calvicie de sabio. Usa un escaso sobretodo verde-lechuga, más bien tapado de mujer, un sombrero aludo y pantalones a rayas. Marcha por las calles céntricas, a pasos largos y seguros, como si no caminase sobre la misma miseria. Se le ve frecuentemente pegado a las paredes, la vista baja, meditabundo, marchar sin detenerse a pedir una limosna. Anda con aplomo, con las manos en los bolsillos, de los cuales sobresalen los pulgares. Hay algo en él que lo singulariza de todos los restantes trotacalles. Es el "affiche" de Villa Desocupación, algo así como el embajador ante la ciudad de ladrillo y cemento.

Como Gervasio, está abonado a una casa generosa, que le da las sobras de comida. Abundantes sobras en bandejas de cartón. Las recoje, se va a la plaza San Martín y come con una discreción tal, que no ha llamado la atención de los guardianes. Come hábilmente, sin ostentar su maniobra. Y luego continúa andando, con aire importante, meditabundo.

Gervasio, en cambio, se surte de una casa de la calle Talcahuano. A las dos y media recoje su ración. Pero el ex mucamo la recibe con timidez, en una forma que lo inferioriza ante los ojos de sus benefactores. Será porque no puede sentirse aplomado en sus zapatos chicos, con tamaña sobra de talones.

La noche es más oscura en Villa Desocupación. A lo lejos arde el aviso de una usina. En medio de los callejones de tres metros de ancho, se encienden fuegos medrosos, hogueras encajadas en latas de Kerosén. En la Sección de Galvi, hay dos fogones escasos de lumbre. En cambio, donde moran sus amigos, parecen abundar, y la calleja es más viva. Pero de allí la sección 12, fila 2, hay por lo menos ochenta metros. Gervasio y El Filósofo, moran en esta sección. Y entre la casucha de Galvi y la del ex mucamo, caben otros franceses, Galvis, Gervasios, Filósofos y Polacos, a la espera de algo mejor o ya perfectamente ubicados en el tiempo que corre, leyendo con tres días de atraso el crimen último o lo que los diarios dicen de su suerte, de la crisis, de la marcha de las cosechas. Se han creado una nueva naturaleza. Y, ¿por qué no? Muerta la esperanza, fatigada la imaginación, el alma destrozada, quebrantada la fe, están muy cerca de la conformidad absoluta, perfectamente a gusto en Villa Desocupación, como si se hubiese levantado entre ellos y la ciudad, una inmensa muralla. Se deslizan por las rendijas, por los intersticios, para buscar algo. Un sobrante de la vida acomodada, unas monedas o un par de zapatos que les anden bien. Vendrá el verano, y el Río de la Plata les dará lo que nadie tiene en la ciudad: la brisa directa, sin la presencia de una chimenea borroneadora del cielo; sin el olor al combustible de los automóviles.

"El Filósofo" pondrá de almohada su sobretodo verde. A Galvi le gustará dormir a la intemperie, de cara al río. Gervasio podrá andar descalzo, si no consigue un par de zapatos a su medida. Pero aun faltan los últimos fríos.

Galvi duerme su primera noche de clasificado de Villa Desocupación. Ciudadano desde esa hora, disfruta de la cama del francés. Mientras se acomoda en el lecho, piensa en el orden de la ciudad de los desocupados. Con la tripa llena de mendrugos y sopas frías, la noche se le presenta plácida. Imagina estar en un sanatorio, en un extraño hospital. Piensa en las alegres tabernas, en las posadas ruidosas, en las pulperías de campaña, en los boliches con el mostrador húmedo de vino. En la villa, no los había. Era por eso que tenía semejanza con un sanatorio de convalescientes. Dormían tranquilos, sin alcohol, guardados por policía montada. La paz, la paz más perfecta, que es la del hombre apenas disimulada; la paz sin alcohol, la sociedad más perfecta que concebirse pueda. Si alguien llega con una copa de más a altas horas de la noche, deja de ser desocupado. La mona se duerme en la comisaría o en las calles, no en aquella villa tranquila y reposada. En ese enjambre pacífico —colmena en descanso de laboriosos sin trabajo— dormían sin roncar los desamparados, porque sólo ronca el de tripa llena y estómago cansado. Gente que puede desaparecer en el mayor secreto, sin noticias en los diarios, pues aun no tienen su vocero, su periódico. Dormían en duras camas y en confortables colchones, traídos con el último manotón de los días mejores. Dormían y soñaban sin derecho a recordar al día siguiente lo soñado, pues la realidad brutal les salía al paso, en el hambre runruneante.

"El Filósofo" se levantó con una idea: se colocaría un cartel a la espalda: Tengo hambre. En caracteres bien legibles. Se lo dijo al mucamo y éste le aseguró que no se lo permitirían llevar las autoridades. El conocía un caso por el estilo, visto en una revista extranjera. No le dejarán andar con ese aviso, ya tenían bastante con pasear las caras de hambre por las calles. La figura, en realidad, decía más que un cartel, pero no siempre la gente sabe leer en los rostros. Entonces "El Filósofo" les sugirió a Galvi y a Gervasio, cuál era la frase que debían gastar ese día: Señor míreme... ¡Lamento haber nacido!... O si no: Señor, ¡tan sólo para un sángüiche!... Tal vez no pasarían de largo los peatones.

Luego de darles consejos para pedir, rogativas de lo más variadas, se largó calle abajo, mirando de reojo los que esperaban turno en el grifo municipal, para proveerse de agua. Dos perros, tan vagabundos como él, le miraron alejarse hacia la ciudad.

Sus consejos en otro tiempo habían tenido eco, eran escuchados con más interés.

Si "El Filósofo" se alejaba taciturno, tenía sus razones. En la sección que habitaba, este hombre tuvo funciones de caudillo, de director de una fila. Y, fracasó en su cometido. Dentro de aquel estirado patio de la Sección 16, "El Filósofo" alcanzó determinada jerarquía, capitaneando a una serie de compañeros. Allí, como en otros sectores, se formó una familia en la cual estaban perfectamente determinadas las funciones de cada uno. Quién debía salir a pedir; quién a recoger comida, quién a quedarse entregado a la limpieza del patio o a buscar leña, o a la vigilancia; quién a afeitar a los demás... "El Filósofo", por su tipo o por su inteligencia, acaudilló a los demás determinando faenas, ordenando a veces. Pero no se mantuvo en el puesto. Tenía esa presencia dominadora de los capacitados para el mando; pero, como todos, no podía dejar de tener sus fallas, sus debilidades. Abandonaba el puesto de director o no sabía responsabilizarse de los hechos. El incipiente conglomerado humano tentaba ya sus formas de sociedad y surgían conflictos, siempre de orden económico: falta de pan, escasez de leña, mala distribución de las comidas, poca energía en las sanciones. "El Filósofo" poco a poco fué perdiendo su mando, conquistado con la misma seguridad y lentitud que el agua al adueñarse de un terreno seco y polvoriento. Había entrado casi sin hacerse sentir y cuando empapó a sus compañeros, de un seguro principio de jerarquía autoritaria, no le dieron las fuerzas para seguir dándoles pareja humedad, a las sedientas existencias de sus semejantes. Un buen día, sintió que invadía su terreno la influencia pacífica y penetrante de un sucesor. Y, se largó a las calles del otro lado, donde los hombres siguen gobernados por una ley más específica y constante... En ese mundo también había fracasado, pero nadie más que él lo sabía. Esta derrota le afectaba directamente. Rumiando su desventura, marchó con su sombra cambiante de lugares, por las calles iluminadas.

La idea del suicidio se le presentó por vez primera. Días antes, había visto colgado, como un saco de patatas, el cuerpo de un compañero sin coraje para seguir viviendo. Pensó: De eliminarse, harían picadillo de sus huesos, los vagones innumerables de uno de esos laboriosos trenes de carga, repletos de oscura riqueza.

Anduvo sin pronunciar palabra. Levantó las sobras que invadiablemente le daban y marchó cabizbajo, a fin de no topar con miradas femeninas, a las que particularmente temía. Preferiría perderlo todo, hasta alguna limosna importante, ante la posibilidad de cruzar los ojos con una mujer. Le temía a las miradas de lástima o de asco, que son las que prodigan las mujeres a los pordioseros.

Sentado en un banco de la plaza San Martín, se le ocurrió pensar en los que habían conseguido salir de Villa Desocupación con algún trabajo entre manos. Por lo general, nadie dice por qué abandonan la villa, ni qué es lo que han conseguido. Ni los íntimos del francés, sabían el trabajo por éste alcanzado. Y, la verdad era que el francés consiguió un empleo, porque alguien le dió un billete de un peso. Nada más que por eso...

Había pasado la tarde entre los coches de Palermo, pidiendo ayuda en forma medrosa, tartamudeante. Llevaba ochenta centavos recolectados. Algunas veces llegó a redondear más de un peso, pidiendo a más de veinte personas, por parte baja. Veinte veces la misma rogativa, con aire de caído, con voz de derrotado, sin estarlo del todo, tan sólo porque es la manera más viable de obtener respuesta a la demanda. Veinte pedidos, otras tantas humillaciones, para conseguir un peso, y diez negativas.

Pero una tarde un hombre joven sacó del bolsillo un billete de un peso y se lo tendió, como una tarjeta usada con alguna dirección. El francés sintió subir por su mano, una fuerza tal, que ascendía por el brazo, se trepaba a la cabeza, hasta posársele en la frente: ¡Un peso!... ¡Un peso cabal, un peso exacto, un peso moneda nacional! El peso, el famoso peso base de todo un sistema; el peso que baja y sube en las cotizaciones de la bolsa; el peso, la unidad monetaria!... No ese peso conseguido a tirones, a pedazos, centavo tras centavo. Ese peso desmoralizador, que quita más las fuerzas y adormece las energías. ¡Este sí, este billete —se dijo— es capaz de inclinar la balanza, todos los platillos de todas las balanzas! Lo juntó a las monedas que queman los bolsillos de todos los desocupados y marchó para el centro, con dos alas en los talones, como Mercurio.

Pidió trabajo con un repentino valor, imprevisto, recién nacido en él. Pidió trabajo, como si ofreciese una colaboración, su ayuda necesaria; como si les hiciese un favor a los demandados. Y, una vez conseguido su puesto, a fin de que ignorasen hasta qué punto había caído, no volvió a su antigua residencia. En su cama duerme ahora Eduardo Galvi, sus miradas de rapiña; su nariz aguileña. Gavilán con destino de cordero, espera el pastor que lo alcance, el perro que lo azuce. Recoge monedas, pide, implora en voz baja, en secreto, sin advertir que quizá algo le deba la vida, por lo menos una explicación, las razones de tenerle en el mundo... Danzan las monedas a su alrededor, suenan en sus inmensos bolsillos, las tres, las cuatro moneditas debilitadoras, con un tintineo de cencerro...

"El Polaco", para quien América es Villa Desocupación, vale decir, la pérdida para siempre de lo otro — que no sabe ya, si era mejor o peor — "El Polaco" no ignora que sus cabellos ensortijados y rojos, la boca resquebrajada, los dientes negros, las cejas cerdosas, las orejas acartuchadas, las manos informes, le han cerrado todos los caminos. Tendría que pulir su vida, la gastada; su cuerpo ya deshecho. Nació para miserable, como se nace para rico. Tal vez lo necesiten mañana para una acción violenta, para encender la mecha de un complot, o para una carga a la bayoneta, entre el barro, el estiércol y la muerte...

Acaso el billete de un peso, o la manopalanca que se le ofrezca a Gervasio, halle su alma todavía tierna para la acción terrible. Es casi bello, casi joven, es casi sano. Tal vez llegue la hora en cresparse de rabia o tal vez se someta al yugo líquido del mate, pegado a un brasero. Tal vez descubra el vuelo de los pájaros o el color de las nubes en el ocaso y eso llene su vida...

"El Filósofo" tiene asegurado el pan, la sopa fría, la ropa usada que envejecerá sobre sus hombros. Tiene todo y busca algo que no está en Villa Desocupación, ni en la ciudad de ladrillo y cemento, ni en el billete de un peso. Seguirá buscando por el resto de su vida y en todas las épocas, será el hombre que busca algo. Nadie sabrá qué. Sólo él lo sabe, al sentir que pierde por una herida oculta, las fuerzas de vivir, hora tras hora.

Todo es cosa perdida en Villa Desocupación. Todo se pierde. Sólo ganan raíces las varas enhiestas de los álamos, los tallos de los paraísos, en el mundo seguro de la tierra, con el gobierno absoluto de la luz.



LA CASA INAGOTABLE, por Margarita Arsamasseva

ILUSTRACION DE PEDRO ROJAS

—MAMITA, cuando lleguen los nuevos patrones a la estancia, ¿lo van a echar a don Ignacio? Si él se va de su casa, ¿qué harán con el aparador y los cuadros que están en el comedor?...

Manuela, que aun conserva en la mano los boletos que acaba de devolverle al inspector del tren, parece contemplar fijamente la empanada que come su hija. Sin reparar en la pregunta de ésta, le dice con expresión de cansancio y de inquietud:

—¡Cómo se le ocurrió a don Ignacio hacerte cortar las trenzas!... ahora pareces un varón... ¡Qué desgracia! Ven aquí, Paula, que te voy a arreglar un poco...

Pero Paula sacude obstinadamente la cabeza y arrimándose a la ventanilla del coche, sigue masticando la empanada sin apartar sus ojos del panorama monótono del campo que se distingue a través del cristal salpicado por las gotas de una fina y silenciosa llovizna de otoño. Ya comienzan a verse las casas, pero todavía éstas son pequeñas y se parecen exactamente a las del pueblo, que está a ocho leguas de la estancia. Paula estira el cuello y oprime la frente contra el vidrio, concentrando su atención en la brumosa lejanía, donde deben aparecer los altos y maravillosos edificios de la ciudad.

—¿Será muy alta la casa de la señora? ¿Cuántos pisos tendrá?, pregunta ansiosamente mientras se recuesta contra el cristal, y arrojando la empanada al suelo se limpia las manos con el vestido.

Bruscamente, Manuela sale de su inercia y agarrándola del brazo le aplica unas enérgicas bofetadas.

—¡Criatura del demonio!, ¿me vas a obedecer? ¿Qué te has puesto en el cabello?

—Aceite de olor... ví que don Ignacio se lo ponía para peinarse... —contesta a la madre con voz tanto insegura; no obstante se mantiene inmóvil en el asiento, como insensible a la crueldad del castigo. Se pasa la mano por la frente y poniéndose de pronto muy pálida, mira sus dedos, que están manchados con sangre. Notando que su madre no la mira, disimuladamente trata de cubrirse la parte lastimada de la frente con un mechón de cabellos. Pero la sangre sigue brotando y unas gotas se le deslizan por la sien.

En ese instante, Manuela, que está guardando las empanadas en el canasto, se da vuelta para decirle algo y viendo la sangre deja escapar un grito de horror:

—¡Hijita de mi alma! ¡Qué he hecho, Dios mío... es con el anillo... con este anillo de maldición!

Retorciéndose las manos se esfuerza por quitarse del dedo el anillo. Paula la llama despacio:

—Mama... mamita...

Y aproximándose a ella le rodea el cuello con sus brazos.

Cuando los jadeos del tren se apagan bajo la inmensa cúpula de cristal, y Paula, con un indecible estremecimiento de alegría tiente bajo sus pies el suelo de Buenos Aires, todo su disgusto por mostrarse ante la gente con la cara casi desfigurada por la venda hecha con un pañuelo y que le oculta casi la mitad del rostro, se desvanece bajo el influjo de impresiones desconocidas, que la aturden y la embriagan por su grandiosa claridad. A pesar de que siente que la lluvia le va rociando la cabeza, todo le vo resplandeciente de luz. El clamor que llena el ambiente le produce deseos de cantar y de reír. Por encima de su cabeza, alto en el cielo, arden, giran, se encienden a cada instante y en todas las direcciones, fuegos semejantes a relámpagos lentos y multicolores que trazan sobre el abismo negro del cielo figuras gigantescas de delicadas manos entrelazadas, de mujeres esbeltas y danzantes con las piernas desnudas, de automóviles, de coronas cuajadas de piedras preciosas, de relojes, de inscripciones innumerables y enigmáticas.

En el tranvía, donde está ahora sentada Paula con la madre, toda la gente que entra parece vestida como para una fiesta. Paula oculta bajo los flecos de su bufanda las manos desnudas y estira la falda sobre las rodillas para disimular sus medias de algodón. Luego, olvidándose de sí misma, se entrega a la contemplación de lo que ve por la ventanilla del coche.

—Aquí las calles están tan limpias y abrigadas como las piezas en la casa de los patrones... Mire, mamita, ¡qué friolenta está la gente de la capital! Van con sobretodos y las señoras llevan cuellos de pieles que les tapan la cabeza... Mamita, ¿cuando usted era chica también vivía en una casa como ésta?, pregunta echando la cabeza hacia atrás y esforzándose por distinguir las últimas ventanas iluminadas de un edificio tan alto que parece esfumarse en la vaguedad rojiza del espacio.

Manuela le reajusta la bufanda alrededor del cuello y replica distraídamente:

—Con semejante lujo ¡cuanto dinero se debe gastar en vano! Lo que cobran a la gente que va a comprar ahí! Así es la gente rica... Ura la plata sin ninguna necesidad y para pagar los jornales de los peones les hacen esperar semanas enteras... Recuerdo la primera vez que llegué al campo, me hundí hasta la rodilla en el barro... Después me acostumbré a la miseria y a la suciedad en que vivan las gentes pobres de la provincia...

—Enséñeme la casa en que vivía en Buenos Aires — insiste a pedirle Paula.

—Tú no comprendes, hijita, lo que es una ciudad como ésta — dice Manuela mirando con expresión preocupada la cara vendada de su hija. —Aquí es el centro de la ciudad... lleno de negocios de lujo y de teatros. Luego ya sabrás dónde viven los que no tienen dinero para pagarse todas estas comodidades... Yo nací en un barrio apartado, en Floresta; allí las casas son bajas, pero también las calles están pavimentadas y con lindas aceras de baldosas...

Luego de callar, agrega de pronto con aire de importancia y tal severidad que Paula encoge instintivamente las piernas y se olvida de mirar la calle:

—No digas a nadie... ¿me oyes, Paula? a nadie ni una palabra de aquellas cosas que guardé en el baúl... Si la señora o cualquiera otra persona te habla o te pregunta algo, siempre contesta: no sé. Mejor que tú te calles antes de hablar de cosas que no comprendes. Debes ser callada y obediente y no quiero que salgas de la pieza sin mi permiso. No está bien que incomodes con tu presencia a la señora... Somos gente humildes, sirvientes y si no guardamos nuestro lugar nos van a echar a la calle. Entonces tendremos que mendigar para poder comer... ¿Me has oído bien, Paula?

Paula queda tan impresionada por la voz y las severas palabras de la madre, que la obedece sin replicar. Baja casi maquinalmente del tranvía y siguiendo a Manuela se siente invadida por el silencio y la penumbra que reina bajo la tupida bóveda del follaje.

—No llores, sécate la cara y recuerda lo que te he dicho — la advierte la madre a tiempo que se detienen frente a una magnífica finca.

La curiosidad comienza a dominar a Paula. Espía por entre los barrotes de la verja. Ahí hay faroles redondos como bolas que despiden una luz suave, blanquecina; árboles de ramas muy bajas que parecen pinos y más lejos está la casa. Vagamente se perfila el tejado puntiagudo, las paredes son claras, unas más bajas que otras. Un resplandor rosado se filtra por una ancha ventana... Paula no la puede distinguir bien porque en este instante la madre la toma de la mano y la obliga a cambiar de sitio.

Ahora avanza detrás de la madre por un blanco camino de mosaico brillante de lluvia. Huele a flores; el sonido de una música lejana se desliza a través de la tibia quietud del jardín.

—"Es como en el paraíso" — piensa Paula. "Aquí hasta los árboles crecen como si los hubiesen dibujado".

Sin que haya tenido tiempo de prepararse para entrar en la casa de la señora, se siente encandilada y aspira el aire caldeado e inmóvil. Van por un corredor todo blanco y muy iluminado. Han dejado el canasto y el baulcito de la madre arrimado contra la pared

—Son órdenes de la señora... — dice el mucamo viendo que … zaguán; les enseña el camino un mucamo de librea azul. Luego … unos escalones de mármol, los pies de Paula se hunden … blanda y clara alfombra. Frente a ellas hay un cortinado y detrás de éste se oye claramente la música. Manuela se mira constantemente los zapatos humedecidos por la lluvia. Pasen por aquí.

En el instante en que Manuela lanza una rápida y angustiosa mirada a su hija y da ya un paso hacia adelante, obedeciendo las indicaciones del mucamo, los cortinados de seda ondulan como animados por una presencia invisible y bruscamente se abren. Una alta figura de mujer, vestida de encajes negros, aparece sobre el umbral. La inconsciente altivez de su porte y el brillo vivísimo de



sus ojos azules, que ofrecen un imponente contraste con sus cabellos canosos, casi totalmente blancos, dejan a Paula tan impresionada que contemplando a esta majestuosa señora pierde la noción de la realidad.

—"Debe ser distinta en todo... ¿Cómo será su cuerpo debajo de tantos encajes maravillosos? Si la tocara, ¿qué me ocurriría después...? — piensa — experimentando una angustiosa tentación de rozar con los dedos los pliegues del vestido que exhalan una delicada fragancia.

—¿Quién es esta chica? ¿Está enferma? ¿Qué tiene? — interroga con acento de sorpresa y temor la señora, retrocediendo y estirando la mano como si quisiera alejar de sí la posibilidad de un peligroso contacto.

—La chica está sana, señora...; no tiene nada. Sana del todo, gracias a Dios... Se ha caído en el tren y se ha lastimado con un clavo...; le vendé la cara con el pañuelo para detener la sangre...; si quiere, señora, le voy a quitar el pañuelo, para que Vd. pueda ver que es sólo un rasguño... una lastimadura que para mañana se cerrará por completo. He traído a mi chica, a Paula, conmigo, porque no tenía con quien dejarla en el campo. Es calladita y obediente, nunca se le oye la voz. Si Vd., señora, me lo permite, la tendré conmigo por dos o tres días, para que se acostumbre un poco. Luego la colocaré como pupila en un colegio de Caridad. Tiene ya once años y es muy dispuesta para ayudar y para el estudio, pero nunca se ha separado de mí y le puede ocurrir alguna desgracia si la dejo sola entre la gente extraña.

Mientras Manuela habla con voz entrecortada por la ansiedad, oprimiendo con ademán convulsivo la mano de Paula, ésta, al notar que la señora se ha asustado de su cara vendada, se siente de pronto como familiarizada con el ambiente y ya con intensa curiosidad examina los canarios y otros pájaros más pequeños y de alas rojas y azules, que revolotean en una gran jaula dorada hecha de barrotes de bronce y que se encuentra en el extremo opuesto de la habitación, junto a una puerta de cristales.

El nudo del pañuelo sobre su nuca se ha aflojado y el peso de la venda, que se le va deslizando por la mejilla, le produce mucho dolor. Es como si la parte de la venda que se ha adherido a la carne viva se hubiera endurecido con la sangre y arrancara poco a poco, de un modo lento y cruel, el fondo de la herida. Ya no consigue distraer su sufrimiento con la vista de lo pájaros cuyos revoloteos y cantos sólo acrecentan su sufrimiento. Siente náuseas, sed, ardores en los ojos y una imperiosa necesidad de quitarse de una vez la torturante venda. Pero, aunque siente ya temblores en todo el cuerpo, se afirma obstinadamnte sobre sus piernas y piensa con horror en lo que ocurriría si en este instante molestase a la señora, que sigue conversando con su madre.

—"Nos echaría de la casa y tendríamos que caminar toda la noche bajo la lluvia; y para comer..."

Pero ya no puede pensar; un punzante aguijón parece clavársele en el cerebro, recorriendo todo su cuerpo un escalofrío de debilidad. Tiene los ojos abiertos y mira de un modo maquinal, como petrificada en su postura, a la señora cuya figura comienza a multiplicarse y a oscilar en el espacio. Cuando la sensación de hundirse en algo helado y oscuro amenaza vencer su resistencia, aprieta convulsivamente las mandíbulas y trata de mover despacio las manos ocultas debajo de la bufanda. Así recobra el uso de la conciencia y puede comprender que todavía está parada sobre la alfombra y que la señora no se ha movido de su sitio. Ve que ésta sonríe bondadosamente y hace una leve señal con la cabeza.

—Debías haberle dado las gracias a la señora, hijita. ¿Has oído lo que ella dijo? Si tú no molestas a nadie y te portas bien, quedarás aquí conmigo, para ayudar en la casa — dice Manuela en voz baja, animado su semblante con una expresión de inusitada alegría.

Paula aun no consigue moverse. La felicidad que refleja el aspecto de la madre la aturde de alivio. Se da cuenta que la señora se ha marchado a la habitación contigua y ellas están libres para irse a la cocina y descansar. Su sufrimiento decrece de un modo repentino a la sola idea de poder quitarse la venda y beber agua.

Sólo de percibir a través de los párpados la claridad de la mañana, el corazón de Paula da un salto de alegría. Mientras arregla las camas y barre los pasillos, se entrega a agradables pensamientos. Tiene mucho que hacer y todas sus ocupaciones son fáciles, limpias y una más fascinante que la otra. Comienza por poner orden a la linda y clara habitación donde vive con la madre, luego se baña en agua tibia y se viste con ropa nueva, hecha de género suave y blanco. Sus cabellos también parecen nuevos de tan sedosos y tan brillantes que están. Ya se ha olvidado del gusto que tiene el mate amargo y la galleta dura como una piedra. Ahora se ha acostumbrado a la comida sabrosísima de la gente de la ciudad... Mientras enjuaga las transparentes y piniadas tazas de porcelana, llena de jubilosa curiosidad trata de adivinar qué postre está preparando don Basilio, el cocinero. Todos los movimientos de éste están envueltos en una atmósfera de delicioso misterio y cuando necesita que ella le alcance algo, la llama cariñosamente "Natita" y siempre le reserva alguna sorpresa maravillosa...

La madre le mandó que limpiara todos los días la pajarera; pero debe cuidarse para no entrar en el hall cuando se encuentra allí la señora o alguna persona que está de visita en la casa.

—"No conviene que la señora te vea andar de un lado para otro; podría cansarse y echarnos. Aquí, en Buenos Aires, los patrones sólo quieren tener a su servicio personas mayores" — le había explicado la madre.

Cautelosamente, Paula se asoma en el hall. No ve a nadie, pero detrás de las cortinas hay gente que conversa. Las voces suenan lejanas y confusas.

—"Estarán en el dormitorio. La señora no ha pedido todavía el desayuno".

Esta reflexión tranquiliza a Paula, y brillándole los ojos de ternura y de placer, se aproxima a la pajarera. ¡Cómo los quiere a los canarios y a los colibrís tan pequeñitos! Se han vuelto mansos, la conocen. Y le parece a Paula que le pertenecen como a nadie, porque les da de comer y les dice cosas cariñosas de un modo que la comprenden.

Ha introducido la cabeza en el interior de la pajarera y va echando semillas frescas en los comederos. Los pájaros no se asustan, saltan por el fondo de la jaula y se posan sobre sus manos. Paula mueve despacio los dedos y sonríe de suave e inmenso gozo... De pronto siente que alguien camina detrás de ella, una sombra le cae sobre las manos. Quiere sacar la cabeza de la jaula, pero no lo consigue hacer rápidamente.

—¡Cuidado, criatura, vas a volcar el agua de los bebederos!... — dice una voz nada impresionante y dos manos de hombre le rodean el cuerpo levantándola de un modo que tranquiliza repentinamente a Paula.

Es un señor alto que le sonríe. Está parado frente a ella y no parece dispuesto a marcharse.

—¿Por qué te asustas? ¿Quién te ha metido tantos temores en la cabeza? — pregunta sin dejar de sonreír, examinando a Paula con extraordinaria atención.

—Mamá... ¡Por favor, señor, no diga a la señora; sino nos van a echar de aquí...!

El señor no parece haberla oído; se ha puesto serio y pensativo y ahora la contempla fijamente, como si quisiera preguntarle algo importante. De improviso dice:

—No tengas miedo a la señora: ella es mi madre. Puedes andar libremente por toda la casa y jugar con los pájaros.

Paula no puede comprender claramente lo que le ha dicho el señor, pero en su conciencia reina una serena confianza; ¿En qué? Eso escapa a su razonamiento, dejándola no obstante irresistiblemente atraída hacia este bondadoso señor que le habló de un modo tan sencillo, como si la conociera desde hace mucho tiempo.

—"¡Ahora podré conocer toda la casa!" — se dice, permaneciendo inmóvil en el sitio y como deslumbrada por el influjo de nuevas perspectivas —. "Veré la cama que tiene la señora en su dormitorio...; mamita dice que está tapizada en terciopelo celeste y que el respaldo es dorado como el marco del cuadro que han traído el otro día... Subiré a la azotea y miraré de allí a la ciudad... ¡Debe ser maravilloso ver tantas casas juntas! Los días de recibo me quedaré aquí para ayudar al mucamo; escucharé la música y veré llegar a las lindas señoras... Si el señor que es hijo de la señora me dió permiso, ya nadie lo tomará a mal". Así reflexionando, de pronto siente helársele el corazón de duda angustiosa: "Y si no fuera cierto? Don Basilio siempre cuenta cosas raras de los patrones, dice que son unos grandes embusteros y que les gusta burlarse de la gente. Quizá el señor me habló de este modo tan afectuoso, sólo para reirse de mi ignorancia..."

Corriendo hacia la puerta de cristales, ve con horror la figura del señor que rozando casi con el hombro la pared de la casa, camina a grandes pasos: se dirige hacia las dependencias de los sirvientes. De golpe retrocede detrás de unos arbustos y manteniéndose inmóvil, contempla con fijeza algo que parece absorber toda su atención. Ha vuelto la cara de modo que Paula distingue la aterrada expresión de su semblante. Por la mente de ésta pasa como un relámpago el recuerdo del cirio encendido que había colocado junto a las estampas de los santos.

—"¡Dios mío! — piensa, mientras se le doblan las piernas de terror —: "Se habrá caído el cirio y prendido fuego a la carpeta de la mesa..."

Se lanza a través del pasillo; no puede gritar, tiene la sensación de que el aire se endurece en sus pulmones. Obsesionada por la visión del incendio, se prepara ya a soportar la desgracia, cuando nota que la puerta del cuarto está entreabierta y allí, en la tranquila penumbra del rincón, oscila la pequeña llamita del cirio. Se queda tan desconcertada, que no sabe qué contestar a la madre, que la llama desde el interior del cuarto. Está plancha las medias de la señora y sin apartarse de la mesa que se encuentra arrimada a la ventana, mira a Paula con expresión de viva inquietud.

—¡Quédate aquí! No quiero que salgas de la pieza. ¿Dónde has estado? — inquiere con gran severidad.

Paula sabe que es inútil tratar de engañar a la madre, y juntando todo su valor, explica rápidamente:

—Daba de comer a los canarios, cuando ví al señor, hijo de la patrona. No le dije nada porque tuve mucho miedo... pero él me tomó del brazo... Parece muy bueno; me dijo que me daba permiso para quedarme en la casa... Luego se fué caminando por el jardín. Se paró para mirar la ventana de nuestro cuarto... miraba de un modo tan raro, que yo de susto me vine corriendo.

Enmudece al notar que la cara de la madre se torna más blanca que su delantal y que las manos de ésta se apoyan pesadamente contra el borde de la mesa. Se precipita hacia ella para sostenerla, pero la madre la ase del brazo y la oprime con tanta fuerza sobre su pecho, que Paula no puede respirar. Bruscamente, la suelta y sin proferir una palabra se asoma al jardín. Paula ve que no hay nadie allí: se tranquiliza un tanto y sin saber qué hacer, comienza a recoger las medias que han caído al suelo.

—¿El señor te preguntó por mí? — interroga la madre, volviéndose hacia ella y hablando despacio, como si le costara trabajo mover los labios.

—Mamita, no se enoje conmigo... no he hecho nada malo... el señor no estaba enojado, hablaba como si le gustara mirarme... Yo había fregado los barrotes de la jaula, brillaban como oro. Todo estaba limpio y bien arreglado... Con el susto se me olvidó lo que me decía el señor, pero recuerdo que hablaba con voz dulce y sonreía...

La madre tiene los ojos llenos de lágrimas y acariciándole la cabeza, habla con voz estremecida diciéndole cosas tan inexplicables que Paula la escucha temblando de angustia.

—Ya no necesitarás tener vergüenza de la gente, hijita. Te pondrán en un colegio y te educarán como a una señorita... Sabía que tu vida sería distinta a la mía. Eres diferente a mí, Paula, tienes la cara fina como una niña distinguida, los ojos claros y los cabellos castaños... nadie diría que soy tu madre. Sabía que el señor con sólo verte te tomaría cariño... nadie tiene corazón para negar la verdad que ve con sus propios ojos... También él ha conocido muchas penas. Se fué a vivir a Europa y se casó allí con una niña que era todavía más rica que él; pero el año pasado se enfermó... el pobre señor tuvo que soportar la desgracia. Ahora ha quedado viudo. Dios no quiso que su señora tuviera hijos... El señor se ha quedado solo, con todo su dinero, que no sabe en qué gastar...

Paula, que desde hace unos instantes mira fijamente la puerta, se oprime contra la madre y murmura:

—Mamita, mire... allí está el señor...

Y a tiempo que Manuela ahogada por la emoción, se levanta maquinalmente, Paula en un impulso de inexplicable y quemante piedad le rodea el cuello con sus brazos, como si quisiera protejerla contra este alto y pálido señor que ha entrado en su cuarto y avanza hacia ellas.



Museo de la Confusión

★

DE los resultados sorprendentes alcanzados hasta la fecha por la química moderna en el ramo de comprimidos, nos instruye el siguiente aviso de las tabletas Kissinga, publicado el 4 de abril en la revista "Para Tí".

MISS KISSINGA, tan conocida,
en bailarina convertida,
con su clásica sonrisa
ningún inconveniente tiene en
admitir:
"Si yo tan esbelta estoy
"que con holgura puedo hoy
"en la cintura llevar
"el cuello de la camisa
"que antes debí usar,
'con TABLETAS KISSINGA
lo pude conseguir".

Ya están enterados nuestros lectores. ¿Ansían convertirse rápidamente en discípulos aventajados de la gavota, los lanceros, el minuet o el cotillón y alternar estos ejercicios con el uso del monóculo en el ombligo? Fumen tabletas Kissinga.

¿Apetecen sujetarse las medias con los tiradores, lucir valiosos gemelos en las mangas de la camiseta o usar guantes de gamuza color patito en los pies? Beban tabletas Kissinga.

¿Prefieren, acaso, vestir escarapelas en las rodillas, alfileres de corbata en el plexo solar y cuellos palomita en el antebrazo? No desesperen. Efectúen fricciones con tabletas Kissinga, pero eso sí, obsérven la frase "producto alemán" en el envase y cuídese de las burdas imitaciones.

★

La revista antes citada, en el número correspondiente al 22 de agosto, por intermedio de otro interesante aviso, da un ejemplo muy ilustrativo sobre la calidad y naturaleza de los objetos dignos de ofrendarse. En su primer parte dice:

El ideal, cuando se obsequia es que el objeto que se entrega tenga una vida lo más larga posible.

Idea bastante lógica por cierto pues constituiría un grave error tratar de sobornar obispos obsequiándolos con efímeras mitras de naftalina con incrustaciones de granizo legítimo, o intentar quedar bien para un onomástico o acontecimiento parecido, ofreciendo brazaletes y joyas laponia presentadas en volátiles estuches de gas acetileno con inscripciones fugaces alusivas al acto. Ninguna persona sensata procedería en esta forma. La segunda parte del aviso explica:

Cuando Vd. adquiere una lapicera de tinta Sheaffer's (punto blanco), puede tener la seguridad de que lo hace para toda la vida. No es ésta una exageración. Un ejemplo: Va Vd. por la calle; se le cae del bolsillo la lapicera de tinta Scheaffer's (punto blanco); pasa un automóvil y la destroza completamente. Vd. junta los pedazos y a su presentación le es entregada una lapicera nueva. Con este ejemplo hemos querido dar una idea de todo lo que le puede pasar a su lapicera Scheaffer's, a pesar de lo cual Vd. tendrá siempre una lapicera en perfectas condiciones de funcionamiento.

Ejemplo bastante explícito sobre las ventajas que reporta la adquisición de una lapicera Sheaffer's y los pequeños accidentes que pueden ocurrirle. Naturalmente que bajo el punto de vista del peatón Sheaffer's, se podría considerar la siguiente situación: Va Vd. por la calle; se le cae del bolsillo la lapicera Sheaffer's (punto blanco); Vd. se agacha a recogerla; pasa un automóvil y lo destroza completamente. Vd. es recolectado ipso facto por la lapicera Sheaffer's y entregado a los deudos más cercanos. El donante habrá efectuado un regalo sumamente práctico y duradero con la satisfacción indudable de comprobar que su obsequio ha sobrevivido a su poseedor.

★

En "El Hogar" del 25 de agosto en la sección "Para la gente menuda" (tal vez gnomos, enanos y otros micro-organismos y bajo el título "Eduquemos a nuestros hijos", se insinúan sabios consejos. Veamos uno de ellos:

"Rodea a tu hijo de amor
y de raYos de sol".

Me limitaré a advertir que la práctica recomienda retirar al párvulo inocente de la benéfica exposición solar, minutos antes de que se convierta en una masa informe, oscura y pastosa, capaz de ser fácilmente confundible con el alquitrán, petróleo, betún o materias análogas, pues en contadas ocasiones el expuesto que adquiere este estado, logra recuperar sus antiguas cualidades.

El otro consejo presentado a modo de proverbio, dice:

"Los niños deben aprender
a oír y callar".

Costumbre contraria a la observada en la educación de nuestro más Nobel escritor Manuel Gálvez, que más bien se ha inclinado hacia las sugestiones tan atrayentes de ese otro proverbio que opina:

los niños deben aprender a
hablar y a sordear.

★

En el número 503 de "El Suplemento", bajo el título "Notas curiosas", aparece esta interesante comprobación:

Las arañas, en proporción
a su tamaño, son siete veces
más fuertes que los leones.

Este curioso y nuevo sistema de considerar a los animales y objetos de acuerdo a la longitud de su voz, el kilometraje de su peso, la velocidad de su extensión, el análisis bacteriológico, su edad y la vellosidad de su estatura, nos llevará dentro de poco a la construcción de potentes motonaves impulsadas por tarántulas Diesel, arañas pollito de siete plantígrados Fahrenheit, equivalentes a la de varios felinos conglomerados.

También en "El Suplemento" con fecha 26 de julio, con el siguiente título de "Gotitas" encontré la siguiente recomendación:

Finalmente, asegura Marco
Aurelio que el mejor modo
de vengar la injuria que se
ha recibido, es tratar de no
parecerse al que la infirió.

Sobre todo si la injuria ha sido inferida por intermedio de un marsupial cualquiera, me parece poco correcto tratar de adquirir los usos, costumbres, berretines, mágicos belleños o locas fantasías del infamante canguro y desear en lo más recóndito de nuestra esperanza, la obtención de bolsas marsupiales u otras características deleznables.

★

El ya por secular amortecido lenguaráz R. Monner Sanz (o Sonz) en su librejo "Notas al castellano" (más bien Motas al Castellano) en un idioma digno de Valladolid expresa, refiriéndose a los peninsulares y americanos:

y éstos y los americanos no
advierten que para saber có-
mo se piensa, hay que oír
atentamente cómo se habla.

Yo por mi parte he profundizado estos descuidos, haciendo la comprobación de que existen muchos hispano-americanos que evitan observar cómo se pisa para conocer cómo se oye, caminar cómo se conversa para explicar cómo se deglute, leer cómo se toca para escuchar cómo se escribe y pronunciar cómo se mira para observar cómo se siente.

Anímula Vágula

El Secretario Mental

En el palco de la orquesta, los músicos se agitaban y balanceaban al ritmo nervioso y quebrado de un fox-trot. Un murmullo denso, envuelto por el humo de los cigarros y desgarrado a veces por los gritos de los mozos, inundaba el salón casi lleno. Tras el mostrador un hombre colocaba con gesto cansado un pocillo más en la máquina de café express que chirriaba con estrépito. En una mesa, en un diario abierto ante unos ojos pequeños y duros, se leía: "Se necesita secretario particular para escritor célebre. Inútil presentarse si no se posee buena cultura general". Varios minutos estuvieron aquellos ojos fijos en el aviso. Después, doblando el diario sobre la mesa, la cara de aquel hombre sonrió levemente y miró fuera, a la calle, por la vidriera del café. Era el mediodía. Por la calzada desfilaban autos y más autos y la marea humana llenaba las aceras. "Se necesita secretario particular para escritor célebre. Inútil presentarse si no se posee buena cultura general". El hombre volvió a sonreír, estrujó el diario entre sus manos, tiró sobre la mesa una moneda de veinte centavos y salió a la calle.

★

Elías Darro dió unos pasos con las manos en los bolsillos del pantalón, se acercó a la ventana, echó una ojeada sobre la tarde ya en fuga y, de pronto, volviéndose hacia aquel sujeto, preguntó:

—¿Y su nombre? ¿Cómo es su nombre?

—Pablo — contestó con una extraña sonrisa el interrogado.

—Ajá... ¿Sabe que me conviene usted? El sueldo es ciento cincuenta pesos mensuales, casa y comida. ¿Conforme?

El hombre asintió. A través de los gruesos cristales de sus lentes, Darro le observó con atención unos instantes.

—¿Sabe que tiene usted algo de anormal en la cara? ¿Una expresión como...

—Soy bueno — interrumpió el otro. — Bueno y leal.

Sonrió Darro. El nuevo secretario rió también. Pero su risa metálica, helada y forzada sonó extraña en el despacho. El escritor le miró inquieto.

—¿Siempre ríe usted así? — interrogó.

—Es mi risa.

—Bueno, bueno... Será necesario que aprenda usted a reír en otra forma. ¿Sabe usted su trabajo? Ante todo vigilarme. Ir recogiendo las notas y apuntes que dejo esparcidos en libros, papeles, diarios, revistas y las que yo le dicte a usted. Las clasificará usted por materia, por argumento. Yo no tengo paciencia para eso. Dicen que soy un desordenado. ¿Qué quiere usted? Necesito que sea usted un archivo, mi archivo viviente. ¿Estamos? Bien. Y completamente al día, ¿eh? Nada más desesperante que la búsqueda de un dato. Es algo horrible. Yo no tengo memoria. Nada. Me ayudará usted en consecuencia a recordar asuntos, lecturas, todo lo que se relacione, en fin, con el trabajo que tenga entre manos. Esto es lo importante. Y me disculpará usted mis crisis, mis accesos de cólera. Cuando yo lo rete o lo observe, ríase usted. Oh, no, no... Será mejor que no se ría usted. ¡Ríe usted de una manera!... En fin. No me haga usted caso. Usted sabrá disculparme. No soy un hombre malo. Creo ser un hombre bueno.

★

Un mes después, Darro se paseaba en su despacho trabajando en las primeras escenas de una comedia que debía entregar antes de la primavera. Afuera era la noche. Un gran reloj marcaba las horas sobre la chimenea. Persiguiendo la idea precisa, la réplica justa y las alternativas del diálogo, Darro iba y venía del escritorio a la ventana. De pronto recordó que para una respuesta de un personaje de su comedia, tenía anotada, no sabía dónde, una idea desde tiempo atrás. Tocó un timbre. Al hacerlo ya se sintió aliviado. Porque no hacía un mes que Pablo estaba a su servicio, cuando ya Darro, el conocido autor cuyos libros y comedias se disputaban editores y empresarios, estaba tan acostumbrado a él, le era tan indispensable y necesaria su presencia, que diríase que lo hubiera tenido a su lado toda la vida.

—Mire usted — ordenó cuando la alta y encorvada figura del secretario apareció en la puerta. — Búsqueme ideas sobre el matrimonio. Hay una, sobre todo, que apunté una vez, que se refiere a...

Alargando un papel, Pablo le interrumpió:

—Aquí está —dijo—. Creo que es esto lo que usted busca y lo que mejor conviene como réplica de su personaje.

Hubo un gesto en la cara de Darro, una mirada de interrogación en sus ojos.

—¿Pero usted sabía, acaso? ¿Cómo es?...

—Sé que está usted trabajando en esta comedia — explicó entonces el otro.

—Las miradas de ambos chocaron por un instante. Asombrada e inquieta la una, tranquila, dura y extraña la otra.

★

La nueva comedia de Darro fué un nuevo triunfo. — Bien, bien... palmoteó satisfecho el escritor al secretario mientras éste atizaba el fuego de la chimenea. Ahora a descansar. Estoy seguro que con usted a mi lado venceré todas las dificultades. Es usted un auxiliar valiosísimo.

Se echó sobre un sillón, abandonándose a la laxitud de su cuerpo y contemplando con delectación las bocanadas de humo de su cigarro que ascendían y desaparecían en el aire.

—Pero ¿no piensa terminar usted aquel trabajo sobre el amor? —preguntó Pablo en tono severo.— ¿Y aquella novela de los dos hermanos? Todos los apuntes y notas están listos. Sólo esperan que usted...

—No, Pablo. Ahora no. Después. Ahora quiero descansar...

★

A medianoche Darro se despertó sobresaltado. Había soñado que Pablo había sido asesinado y su cabeza, separada del cuerpo, yacía sobre una vereda ruinosa junto a un charco de agua donde se reflejaba la luna. Darro lloró amargamente en el sueño y su llanto lo despertó. Al encender la luz, notó, con gran sorpresa, que Pablo estaba sentado junto a su cama, mirándole fijamente, con un lápiz y papel en la mano. Con profunda ansiedad en sus ojos y su extraña sonrisa, preguntó misteriosamente:

—¿Nada?... ¿Ninguna idea? ¿Nada de esos abismos del sueño?

—No. ¡Déjeme usted! Ya lo llamaré a usted cuando sea necesario. Ahora quiero dormir, rechazó Darro, molesto.

—Es que puede perderse una idea. Ninguna idea debe perderse. Mi deber es velar junto a usted.

Su rostro estaba ahora tan cerca de Darro que éste sintió su aliento, mientras un temor súbito le invadía al contemplar las pupilas tenebrosas del secretario.

Le rogó que lo dejara. Cuando lo vió salir de su habitación, Darro sintió una profunda sensación de alivio. Pero le costó trabajo retomar el sueño. Varias veces le pareció que Pablo entraba en su pieza y volvía a sentarse junto a su cama, lápiz en mano, esperando en la oscuridad. Prendió la luz. No estaba allí. Tuvo curiosidad entonces de ver si dormía y, levantándose sigilosamente, caminó hasta su pieza. Por la puerta entreabierta pudo distinguir a Pablo arreglando papeles y más papeles, junto a una mesa cargada de libros, diarios y revistas. Extraña dedicación, sin duda, la de aquel hombre. Pensó que en el fondo era algo estúpida su conducta y se fué tranquilo a dormir.

★

¿Será necesario relatar la íntima y estrecha relación que se estableció entre Darro y su secretario? ¿Comunicar, aquí, lo que pasó aquel día que el escritor comenzó a leer en voz alta frente a Pablo, que escuchaba sentado en un rincón del despacho, el capítulo de una novela que acababa de escribir? Un acceso de tos interrumpió la lectura. Entonces ocurrió un hecho extraño. La cara de Pablo se iluminó de pronto y comenzó a hablar en voz alta continuando la relación del capítulo.

—¿Cómo? ¿Lo ha leído usted? ¿Cómo lo sabe usted? —exclamó Darro lleno de asombro.

—No podía continuar de otra manera. No podía decir usted otra cosa —explicó entonces Pablo.— He leído unos apuntes sobre eso.

Darro le miró largamente. El otro sonreía con estupidez. Era feo, antipático, pero había en sus ojos pequeñísimos un brillo singular que Darro buscaba con empeño —y que Pablo se complacía en ocultar entonces—, porque le parecía que sus ideas se aclaraban cuando podía mirar a lo hondo de aquellos ojos.

★

Pero ¿por qué fué? ¿Cuándo fué que notó que Pablo despertaba en él una cólera cada vez más creciente? Caminaba por la calle, conversaba con sus amigos, dirigía unos ensayos en un teatro, pero un pensamiento le obsedía: Pablo. Sus ojos duros, su sonrisa forzada, su asedio constante. Pablo entrando al despacho con su gesto de humildad desesperante; Pablo con el cuadernillo de notas y el lápiz en la mano; Pablo tras él, frente a él, a toda hora, en todo momento; Pablo acercándosele y pronunciando en voz baja junto a su oído: "¿No cree usted que sería mejor así? Hay una nota que dice..."; Pablo escarbando en su pensamiento, dueño casi de su voluntad y de sus ideas. No. Estaba resuelto. El no sería esclavo de nadie. Se arreglaría solo. No quería secretario, y menos un secretario como aquel hombre. Retornó a su casa decidido.

★

—Como usted quiera, señor. No dijo más. Bajó la cabeza disimulando una sonrisa y, cruzando las manos sobre el pecho, salió. Darro miró por la ventana cómo se alejaba y desaparecía tras la próxima esquina. Respiró muy hondo y se sintió feliz. Pero una semana después, ante las primeras dificultades para desenvolverse solo, ante la vista de su archivo donde imperaba un orden extraño que él no comprendía y que hacía imposible encontrar una sola nota, un solo papel, la costumbre de valerse de Pablo, de consultarlo a cada instante, trocó aquella sensación de alivio en desesperación. Decidió buscarlo, pero fué inútil cuanto hizo. Nadie supo dar informes de aquel hombre. Sin embargo, lo necesitaba cada vez con más urgencia, y maldecía la hora en que se le antojó despedirlo. Fué durante aquellos días que una mañana leyó en una revista un cuento cuyo argumento él recordaba haber planeado años antes. Lo firmaba Ricardo Lever, escritor de cuyos éxitos comenzaba a hablarse en los círculos artísticos del país. — Es mío — pensaba Darro para sí. — Eso es mío. En vano había buscado en su archivo algún antecedente sobre el tema, echando pestes de Pablo y deseándolo a la vez. Pero un día tuvo la evidencia precisa de que aquel argumento era suyo. No era posible una coincidencia tan grande. Había allí palabras, frases enteras que eran de él y que ahora recordaba con precisión. No vaciló más. Temprano fué a casa de Lever para exigir que le explicara. Estaba dispuesto a abofetearlo. Pero Lever no se hallaba en su casa. Una sirvienta le comunicó que estaba de viaje y que volvería una semana después.

—Bien. Dígale usted que ha estado aquí Darro. ¡Elías Darro! Que necesito hablar con él urgentemente. ¡Es muy importante!

Descendió las escaleras malhumorado. Al llegar al pasillo que terminaba a lo lejos con una arcada de luz sobre la vereda soleada, el corazón le dió un vuelco.

—¡Pablo!

El otro, sorprendido, trató de esquivarse con su sonrisa peculiar. Pero Darro, tomándolo de un brazo y arrinconándolo contra la pared imploró casi:

—¡Cómo lo he buscado a usted!... Varios días. ¡Ah! Necesito que vuelva usted, Pablo... Vamos a casa. Ahora mismo.

—No puedo —rehusó Pablo zafándose y comenzando a subir las escaleras.

—Le pagaré a usted lo que quiera. ¿Cánto gana usted ahora? ¿De qué trabaja usted? —volvió a suplicar Darro, siguiéndole.

—Con Ricardo Lever. Soy su secretario particular — habló, girando la cabeza y dirigiendo a Darro una mirada maliciosa.

—¿Trabaja usted con Ricardo Lever? —gritó Darro alcanzándolo y tomándolo otra vez de un brazo.

—Sí —replicó Pablo deshaciéndose de sus brazos y escapando escaleras arriba. Darro le miró huir. Claramente se le aparecía ahora todo. Un acceso de ira lo empujó tras aquel hombre.

—¡Es usted un miserable! —gritó hacia arriba.— ¡Un ladrón!

Instantes después le alcanzó y descargó sobre él toda su cólera. Sus palabras entrecortadas, su viejo resentimiento contra aquel sujeto, todo lo confuso que había en él, se estrellaban contra la actitud indiferente de Pablo que, con una mano en el picaporte de la puerta del departamento de Lever, escuchaba con su sonrisa impasible.

—Qué vanidad creer que puede hacer las cosas uno solo — dijo. Y entró. Darro penetró también. Allí continuó gritando y acusando a Pablo de haberle robado su cuento para dárselo a Lever.

—Una idea es de todos —dijo Pablo de pronto.— Nadie es dueño de una idea. La única propiedad es de quien la trabaja mejor y la hace más hermosa. Y, acercando su cara al rostro de Darro, dijo despacio y socarronamente:

—Anoche ha estado usted tratando de hallar un buen final para su nueva comedia. Acuérdese que Teresa, la protagonista, dice por ahí que...

Darro le interrumpió entonces. Le suplicó varias veces que volviera con él. Rogó en este sentido un largo rato. Olvidaría todo con tal de que Pablo volviese a su servicio. Pero Pablo se negó.

—Me quedaré aquí —dijo.— Lever es menos vanidoso que usted. ¡Cómo me hizo reír su aviso! "Escritor célebre". Haré célebre a Lever. Le convertiré en el primer escritor del país.

—¡Con mis ideas! —gritó Darro.

—¿Suyas? Pero si usted no sabe qué hacer con ellas... ¡Ah!, y son hermosas, muy hermosas... Duermen allí, en las cajas, apretadas, sofocadas en los márgenes de los libros. Usted no...

—¡Usted volverá conmigo! —rugió Darro fuera de sí.

—No.

—¿Es su última palabra?

—Sí.

Brillaba un estilete sobre el escritorio. Dos golpes en la espalda, y Pablo se desplomó pesadamente sobre la alfombra con los brazos abiertos como una cruz caída.

★

Al día siguiente ninguna noticia de su crimen. Ningún diario habló del asunto. Cuatro días después, temeroso aún de que lo detuvieran, se animó a salir a la calle. Varios amigos le dijeron que le encontraban algo cambiado, quizás enfermo, quizás... Esa incertidumbre cruel duró varios días más. Pero era necesario salir de ella. Necesitaba volver al lugar de su crimen para cerciorarse. Por teléfono le pidió a Ricardo Lever una entrevista. Cuando éste le contestó que le esperaba, Darro marchó apresurado e inquieto.

—¿Fuma usted?... —invitó Lever.— Pues, hombre, no comprendo absolutamente nada. Yo no he tenido nunca secretario ni conozco a ese hombre.

Darro miró nuevamente el despacho. El mismo escritorio, la misma alfombra roja, la misma ventana, las mismas pilas de libros alineadas en el estante sobre las paredes hasta llegar al techo. Y el estilete allí, en el mismo sitio. Lo tomó en su mano. Sintió que le quemaba y lo dejó.

—Y eso del argumento, le explicaré a usted: El protagonista de mi cuento lo imaginé un día en un café, estando frente a un individuo alto, algo encorvado y de ojos muy pequeños. Un tipo singular.

—¡Pablo! —exclamó Darro.

—No sé quién era... Así que ya ve usted, mi querido colega, que su suposición es infundada.

★

Salió. La cabeza le daba vueltas. Tentado estuvo de volver a subir y gritar a Lever que... Pero echó a andar. Días después, todos aquellos acontecimientos se le antojaron extrañamente lejanos. A la angustia sucedió cierta calma, cierta indiferencia dolorosa por lo pasado. Y otra vez comenzó a pasearse frente a las carillas en blanco que esperaban ser llenadas. Pero en vano trataba ahora de coordinar sus ideas y escribir un párrafo. Varias madrugadas le sorprendieron dando aquellos paseos, o sentado frente a su escritorio, de donde se levantaba sin haber podido escribir una línea. En la alta noche, los brazos caídos fuera del sillón, la mirada fija en la página en blanco, medio oculto su rostro por la penumbra que creaba la zona de luz tenue de una lámpara, Darro sintió como un sollozo interior que le destrozara el alma ante el vacío absoluto de su mente. Un espasmo de impotencia revolvió su cuerpo. Su mano crispada soltó la lapicera, que cayó como algo inerte sobre la mesa.

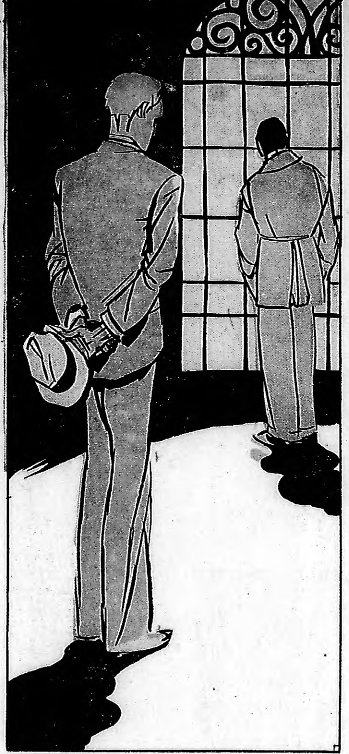
★





ENRIQUE MALLEA

ILUSTRACIONES DE RECHAIN



Conejo Barcino

Fué en esta apacible Quisqui (por otro nombre "Córdoba", después de la imaginaria fundación de Jerónimo Cabrera y sus apologistas); fué en esta luminosa Quisqui, uno de los gloriosos presupuestos (por otro nombre "provincias") de la Nación; aquí fué donde un día la publicidad local se conmovió con la muerte de Conejo Barcino. No era para menos; un palurdo millonario; se pensaba en lo que dejaba por no poder llevárselo.

Como Quisqui, como el presupuesto, tenía Conejo Barcino su otro nombre: Diego Diéguez.

Era chiquito, flaco, peludo, y con una admirable cabeza de conejo ceniciento. Analfabeto. Sin profesión y encostrado en la avaricia ancestral del inmigrante.

Cayó a esta adormecida Quisqui hará unos 50 años, venido en los cargamentos de los verdaderos conquistadores, los de la conquista de pan, nombre y hogar. Ningún programa traía para conseguir eso; palurdo completo, desde las alpargatas hasta las orejas... y murió millonario y analfabeto... La prensa reconociendo tan meritorio esfuerzo, echó mano de su servicio fúnebre de lujo llamando al extinto: "pioner del progreso", "factor de civilización" y "vacío difícil de llenar".

Conejo Barcino tuvo la genialidad y altivez de hacerse millonario sin dejar de ser palurdo, sin dejar de ser analfabeto hasta la muerte, en una urbe de universitarios alumbrados por un cenáculo de "altos estudios", tres veces y media centenario.

Nuestra sociología puede vanagloriarse de ofrecer a la desmenuzadora y malabareante filosofía analítica que la prestigia y oscurece, casos de una simplicidad desconcertante como este de Conejo Barcino, un proyecto de hombre, que no era mal hombre y era indeseable.

Se decía soriano, pero dos sorianos que aquí residían protestaron, indicándolo extremeño: más bien era portugués; esos clanes se confunden fácilmente, y muchos pioners aprovechan la confusión. Tantos caen ignorando u ocultando su procedencia, a colaborar en nuestro "acerbo" sociológico...

El inmigrante piensa antes de aventurarse al viaje para conquistarnos, que si el negro y el indio viven aquí con taparrabo y analfabetos, entre barras de oro y de plata, que para nada le sirven, él puede hacerles de rey, porque trae más ropa y sabe darle destino a las barras; y para esa tarea no es menester oficio ni alfabeto. Muy bien pensado. Pero Diéguez no dió con las barras y el estómago daba con él, por lo que se metió de amasador en una panadería. Harina, agua, sal; luego, menear y menear; bien fácil era. Y meneó un tiempo, ahorrando el centavo con "saña feroz"; a despecho de su aceitera de máquina humana, su estómago. Sólo comía el pan a que su empleo tenía derecho; para Pascua los reyes magos le portaban un pedacito de tocino y una cebolla.

Conservaba las bragas y el saco rabón de "allende el océano"; grises y canchados a peladuras. Si Quisqui no hubiese tenido un solo sastre, Conejo no lo habría notado.

Un día cambió de casa; entró de amasador en una fábrica de masitas. Allí aprendió muchos secretos de la tenebrosa industria: perfumar huevos podridos; poner huevos sin haberlos; azucarar sin azúcar; hacer dulce de membrillo sin membrillo; etc., etc. Agregó de su parte en aquella alquimia, la astucia bertoldina que es condición regular de los palurdos.

El patrón se dejó seducir por la devoción que comenzó a rendirle Conejo, y lo puso a colaborar en el mostrador. Eso era ya acercarse a las barras de los indios...

Se sacrificaba... Amasaba unas horas y despachaba otras... Todavía no se habían inventado las máquinas registradoras, que hoy se ven en todos los mostradores saludando con volteo de timbres la entrada de los níqueles; y en esa tarea abrumadora se desempeñaba nuestro héroe maravillosamente...

El dueño de aquel laboratorio expresó varias veces deseos de deshacerse de él para descansar. Conejo tomó buena nota; pidió precio en memorable fecha; corró trato y se convirtió en propietario. Compró una manta de tocino y una ristra de cebollas para comer diariamente, pero su estómago, enseñado a encogerse se negó a ensancharse, y Conejo sufrió esa rebeldía hasta su última hora.

Se había hecho amigo de otro palurdo igualito a él, física y moralmente, pero sabía leer y escribir y tenía cabecita de laucha; era zapatero; tenía una hermana. Conejo, se consideraba ya personaje; sentía la necesidad de secretario, y de confianza; solucionó ingeniosamente el problema: se casó con la hermana del zapatero, e hizo de éste secretario y cuñado.

Fué en su nueva categoría de patrón del mostrador que conquistó sus patronímicos; cuando hablaban con él: Don Diego; cuando hablaban de él: "el Conejo". Como los reyes: Alfonso el Sándio, Carlos el Temblerario, etc.

Un inglés que con frecuencia viajaba entre el Plata y Europa, dijo que nuestro país, más que "eminentemente agrícola y ganadero", era "eminentemente alquilador". Lo había deducido de una observación hecha repetidas veces en sus viajes: En el pasaje de primera y segunda clases, procedente de nuestro país, haciendo estadística, descubrió que de diez pasajeros, siete vivían de alquileres, dos viajaban por cuenta ajena y uno era trabajador mental o industrial, en viaje de negocios o de vacaciones. Don Diego comprobó el estudio del inglés. Platita que le caía, la convertía en propiedades; siempre pichinchas; y alquilaba. Con el dinero de sus inquilinos siguió comprando propiedades y alquilaba. Si no se muere, se compra a Quisqui entera y la alquila.

Don Diego no dudó que era un hombre superior, como tantos otros palurdos venidos a más; y valía la pena verlo cruzar las calles con su cabezota de conejo, lleno de suficiencia, como si hubiera descubierto la piedra filosofal, y todos lo mirasen con deseo de pedirle participación en el secreto.

Conejo jamás levantó una tapia de ladrillos aunque la prensa lo tildó de "pioner". Compraba para alquilar y no para gastar más en lo que compraba.

En habladurías la fama de Quisqui como lugar de curación para graves enfermedades, Conejo compró ranchos en las afueras y los alquilaba a precios leoninos cuando olfateaba enfermos. El azar lo castigó: en una recorrida por los ranchos, pescó una pulmonía y se lo llevó la trampa.

Infinidad de anécdotas corren en Quisqui de Conejo Barcino y sus familiares; contribuciones inapreciables a la sociología local. ¿Qué ley de compensación existe entre un palurdo y su fortuna? En esta Quisqui, uno de los gloriosos presupuestos de la Nación, centro cultural en el que hombres inteligentes y estudiosos disimulan sus angustias financieras y morales detrás de sueldos medidos, siempre inseguros, porque cuelgan como pedazos de carne que los lobos contemplan midiendo el salto necesario para atraparlos, ¿por qué triunfa un palurdo ajeno al medio y paria en todo ambiente?

La sociología dice muchas cosas, pero de esto nada nos ha dicho; debe develarnos el fenómeno, y que lo entendamos bien, para aventurarnos a meternos en "el vacío difícil de llenar".

VICENTE ROSSI

Ilustración de Sorazábal



JUEGO DE DOS

POR
Isabel Alonso Deyra
ILUSTRACION DE GUIDA

★

—¡LARGUE!
—¡Ya!...
Se clavó el bichero con ansia en un travesaño del muellecito e inició el despego con un envión fortísimo que hizo bandear a "La Maleva".

—¡Ay!

—¡Jesús, María y José!

Las mujeres, dos — pañoleta roja, pañoleta morada — se arrebujaron entre tiritones y junto a la cerca de estacas renegridas, el niño, que roía un corazón de manzana, lo dejó caer. Se meció desacompasada la caja por unos instantes y repentina amenaza de vuelco cortó las respiraciones. Largo siseo de pájaro marcó la emoción de la escena con filuda raya de miedo. Temblaron las manos del viejo que ayudara desde tierra al fúnebre embarque y fosforecieron las pupilas del mozallón de la lancha. Una súplica extinguida hacía muchas horas, volvió a secretearles con voz de la muerta:

—¡Déjenme en la isla!

Mínimo e imposible ruego. Pancho Saldías, el lanchero que ahora anudaba con parsimonia de rito el luto humilde de su pañuelo, iba a llevársela, aguas abajo, en el atardecer.

Se acomodó el mozo para empuñar los remos que los toletes mordían desde largo rato, y al inclinarse sintió un aleo en la oreja. Eran flores. Un puñado de azulinas que acababa de arrojar la mujer de la pañoleta roja, una varona de ojos enjutos y prominente mentón.

—Es tarde.

Saldías había hablado vagamente, mirando a la noche pero la mentada debió barajar el fintazo, pues con ademán maquinal fuése a enderezar el pabilo que vacilaba en el farol colgado de una cucaña sobre la cerca.

No sin trabajo, el viejo se hincó.

—Adiós, m'hija. Yo quisiera acompañarla, usté sabe... Pero no ha'e ser. Bien acompañada va. La lleva Pancho Saldías, m'hija...

Hipaba adolorido. Su propia entonación rota le sonaba extrañamente, y siguió una retahila trémula, con apuro, como si antes de las lágrimas necesitara aquel desahogo para librarse de la pena como del fardo de ramas espinosas que tantas veces le arañó el hombro.

Cuando quiso enderezarse, magulladas las rodillas, los ojos secos, miró con estupor al frente. Nadie. La banda solitaria, desnudaba unos juncos altos, ralos, semejantes a dientes de escarpia. "La Maleva" había torcido el rumbo hacia el brazo grande del río. Las mujeres ya no estaban a su lado. En la casa, parada sobre zancos en un maderámen de astillero a trechos vestido de plantas como algas que medraran en un casco sumergido, había luz. Esa luz ofensiva, sin duelo, se colaba entre los árboles próximos, provocando píos a la sordina de pájaros en desvelo. Sólo el niño seguía junto a la cerca. Lo llamó. Hallóle el nombre nuevo, descascarado y roto.

Remolón fué allegándose el nombrado hasta verse ceñido a disgusto en un abrazo cortado de temblores.

—Sabe quién era ella, m'hijo? Era...

Impávido ,el chico se sobó las narices con el dorso de la mano y, sin prisas, rompió con los dientes la pulpa apretada y olorosa de una reineta.

★

Remaba Pancho Saldías bajo la mirada lechosa de la luna. Frío sutil y terco, hecho niebla a ras de las aguas, porfiaba en entorpecerle los movimientos. Terrible silencio venía de ambas bandas y lo envolvía totalmente como si ya lo hubiese aprisionado la eternidad. Arriba, estrellas inmóviles. ¿Qué tenían esa noche que ni siquiera pestañeaban? A los lados, a muchas brazadas de distancia, negrura de plantíos y arboledas, tristeza agobiadora de sauces. Delante el camino móvil, cada vez más ancho, con más silencio y más plata.

¿A dónde iba? Por un segundo no se acordó.

—Si me estaré muriendo...— pensaba con desgano.

—¡Ah, sí! A San Fernando, a entregar a los parientes que, avisados ,esperaban, el cuerpo de Santa para darle sepultura.

—¡Santa! — Sin ver casi la caja tosca hecha sin arte y con apremio, le acomodó con una mano su manta nochera remendada por ella. La tibieza del recuerdo lo confortó como un candial y se le vino a la memoria su última imagen. La veía rígida en el lecho bajo la guarda del San Francisco encapuchado a quien encendía cabitos bendecidos los días de creciente. Sobre una cómoda — otro sitio no había dónde ponerlas — cuatro velas ardían. En la cabecera, atadas a los barrotes, se helaban tres rosas de papel, más de papel y menos rosas que nunca... Por un instante los triangulitos de llama del velorio lo obsesionaron. Los veía bailar en la corriente sin apagarse o se le aparecían a popa doblados en la dirección del viento.

—¡Santa! Llamábala bajito, como si hasta allí se extendieran la vigilancia del oído perverso de Antuca, la tía vieja, y la autoridad imponente del abuelo Martín. La manta mojada de luna aclaraba el brillo de la caja que, a ratos, simulaba estar abierta y vacía. Arreciaba el frío y los dedos, agarrotados sobre los remos, aflojaron. El agua, rodando incansable, comenzó a chocar ,más crespa, más peleadora contra "La Maleva". En los flancos, chasquidos sonoros producían estallidos, crepitaciones raras como ecos de palabras. Deshecho el silencio, Pancho Saldías intentó oírse él también.

—Ahora va solita, conmigo, la niña. Cierto que muda y sin color. Pero... va conmigo...

Repentinamente hubo fiesta en el fondo del río. Las estrellas hicieron guiños y los geniecitos del cauce pusiéronse a horcajadas en la tajada de luna.



Restallaron las cintas de los remolinos y sus latigazos florecieron en racimos de burbujas alrededor de la lancha y sonáronle al remero tan familiares como los cohetes del anuncio de vísperas de la fiesta de Aranzazu.

Muda y sin color...

Pancho Saldías entumecido y delirante, revivió todo su pasado en un instante fugaz como el bello y terrible minuto de los que van a ahogarse.

★

—Este compró un huevito; éste lo puso a asar...

La vieja simpleza adquiría en el diálogo infantil caracteres de algo solemne. Se empequeñecía la mano de Santa en la del muchacho y contrastaba como una hoja de vello aterciopelado sobre un montón de greda. Era después el esconder una piedrecita a puño cerrado y el chillar a destajo, sin parar mientes en la jaqueca de nadie, el conjuro para hallarla con bien:

En ésta o en ésta
Martín de la Cuesta
Dígame Dios
La pura verdad
Si en ésta o en ésta
Está...

—Juego de dos... invento del diablo — sentenciaba de improviso la tía — tan áspera, tan seca — desvaneciendo el entretenimiento de un manotazo y arrastrando consigo a la nena cuya rebelión marcaba entre lloros un prolongado zapateo. Luego más crecidos, — docena y decena de años fué el sentarse en el embarcadero muy juntos, y el golpearse los pies con una varilla de mimbre, silabeando el estribillo:

Zapatito de charol
Botellita de licor
Hay de menta y hay de rosa
Pa la niña güena moza.

Mala gramática y fina intención. Descubierto el requiebro se ponía él colorado pero ella, bobita, se lo hacía repetir... Una vez, al no encontrarla, la llamó a gritos, y la voz de Antuca no tardó en corregirle el desplante.

—Aquí no tiene nada qué hacer el mocoso.

—¿Y por qué, vamos a ver, por qué?...

—Tan atrevido el peoncito éste...

Peoncito... Ganas le dieron de ahogarla. Pero se fué, gacha la cabeza y corrido, a tirarse de bruces en el bancal, sorbiendo tierra amarga con cada sollozo. Rodaron los años. Para el muchacho, que no tenía más arrimo que el viejo Martín, se achicó el horizonte en un paisaje inmutable de troncos de álamos yéndose como una procesión de cataclismo en la fila de lanchas compradoras. Sin domingos puebleros, afinada su paciencia en la espera del pescador de caña, todo lo que pasó después, el agasajo de Antuca al ingeniero agrimensor que fué huésped "cuando el desmonte grande", la desaparición de Santa al poco tiempo y el dolor del abuelo que se hizo espinudo y seco, antojábansele cosas no vistas ni vividas.

—Y la nieta, don?... — había preguntado.

Parpadeó el buen hombre y mintió trabajosamente como si tragara hieles.

—En Buenos Aires, muchacho. En casa de sus tíos, los Aspe.

Antuca, envejecida, siguió sonriendo artera. Los álamos, despojados de su gala, cruzaron los amaneceres de tres años. Y una noche recibió la orden extraña.

—Mañana hay que ir a buscarla al pueblo.

Sonámbulo, sin pena ni gozo, fué. La acompañaba un niño. Ella se apuró para explicarle al mozo que el chiquilín era el último de los Aspe.

—Quedó solito y me lo traje.

—Ajá.

La cara redonda, el hoyuelo de la barbilla, le evocaron un rostro perdido entre malos recuerdos y rumió un pensamiento que salpicó de barro el vestido blanco de ella. Poquitas palabras. El viaje entero, a pleno sol, fué un mirarse de lejos.

—Está flaca, pero más mujer.

—El mismo de siempre, el mismo — musitaba la otra con melancolía.

—Llorosa parece...

Se aterró el viejo Martín de la nieta y sus regalías maduradas en la angustia de una desolación que creyó sin término, quisieron devolverle su lozana estampa de antes. El niño, asombrado en aquel pedazo de naturaleza casi salvaje, tan nuevo a sus sentido, se alejó de Santa y Antuca lo guió a escondidas, con mimo traidor. La joven desmejoraba visiblemente. Tenía quebrantos duraderos y rachas cortas de mejoría.

En cierta ocasión, el chico trepado a un árbol cuyas ramas se arqueaban sobre el río, iba a iniciar un avance temerario. En los ojos de la enferma que cosía al sol se encendió una chispa de locura. Alzóse trémula y su propio rugido de fiera la despertó.

—Hi..! La palabra sagrada, trunca, fué a clavarse en el corazon del hombre que vió caer a Santa desvanecida. Con delicadeza la arrebujó en el chal luego de acomodarla en la silla. Tembló en la penumbra la risa antipática de Antuca y su desafío quedó vibrando largamente.

A salvo el travieso y reanimada la muchacha, sus pupilas sombrías buscaron la mirada leal del varón.

—Siempre — dijo él como contestándole a tiempo que le quitaba una hojita de entre el cabello. En un aparte soslayado la tía vieja se burló:

—Pa cuando el casorio? Ya está más baja...

Saldías se alejó mirándose las manos pensando otra vez sin asco que tenía en sus dedos de leñador una gargantilla magnífica para la innoble.

Un día, tras una pausa de adoración, su gesto abarcó el brazo de río, calmo y convidador. Ella, mirándolo mucho y mirando luego las nubes del atardecer, repuso:

—Pronto me llevará... —Palabra cumplida. Pero iba muda y sin color. Deliraba el lanchero.

—¿Jugamos, Santa?
Hay de menta y hay de rosa
Pa la niña...

Alargó la mano para tocar el piececito trigueño de uñas rosadas y sintió la madera mojada y fría de la caja. Un estremecimiento le hizo vibrar los músculos y se aferró a los remos.

—Hip... hip... — jadeaba, consciente ya. La proa de "La Maleva" partía con encono las aguas donde se había ahogado la luna. Lanchas descargadas comenzaron a pasar, aguas arriba, hacia las islas, donde a esas horas caían los álamos bajo el furor de los hachadores. Los hombres se quitaban la gorra repentinamente serios y alguno ofreció a gritos ayuda. En un yate anclado vió a una mujer de cabellos rojos, quemada de afeites, persignarse con amplio ademán de escena.

El trajín portuario de San Fernando anunciaba el fin del viaje. Sirenas, marejada, atraque difícil, preguntas. ¡Ah, las preguntas!

El hombre, viendo alejarse a la muerta, se quedó como la lancha. Vacío...

★

Regresó. Tirado en el fondo de una embarcación entre cestas con olor a junco y a fruta, Saldías, que no sentía los brazos de puro doloridos, miraba con parpadeo de ciego.

Sauces, nubes, caras. Todo seguía igual a pesar de "aquello". La misma espuma deshilada, los mismos dientes de coco del negro timonel del "Yacaré" que lo conducía, el mismo cielo de la ida.

—¡Cosa bruta! — dijo con rebeldía. Pensó en la casa aupada en los gruesos tirantes con espirales de enredaderas; en los tarritos de trigo de una ventana con sombra de ramas de manzano, en el mirar celoso de la tía gigantona, en el ir y venir de la otra isleña humilde, la de la pañoleta de color de humildad. También aquello seguiría igual, igual, igual.

—¡Cosa bruta!—Se sentó con trabajo y, fascinado, miróse en el agua huidora. Ah, dormir, dormir allá abajo! Le pareció que el cuerpo de Santa, decapitado, pasaba rápido por la hondura turbia, yéndose, yéndose siempre.

Quemaba el aire. El río se bifurcaba en largos espejos tentadores. Arriba, aves en vuelo trenzaban augurios. Quiso pensar en el rostro ausente y no acertó. Se le desdibujaba y lo huía.

—¡Cosa!... — Ya no acabó la frase. Se tanteó los brazos y se puso de pie para ayudar en un viraje. El timonel — recién — se atrevió a mascullar su cancioncilla obscena. Saldías, perdido entre nieblas, se halló a sí mismo en el reír cómplice.

—La vida... Ganas le dieron de estrecharse una con otra su derecha y su izquierda en un saludo optimista.

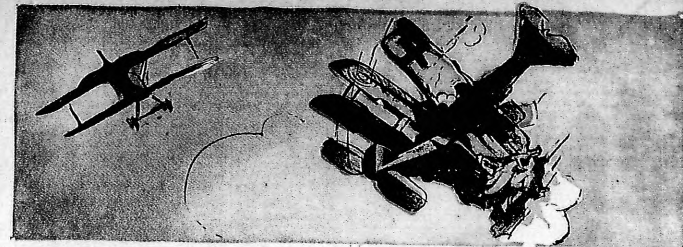
—¡Amigazo!

Saltó al embarcadero de la isla y, ágil, entró sin ver a nadie en su cuarto donde casi le asombró el lecho intacto. Salió con el hacha al hombro y a paso elástico se internó en la maraña. Se oyeron tres golpes, un chis-chis seco y luego el derrumbe sonoro, largo y penoso de un álamo.

Le pareció que había estado preso en su sueño de fidelidad y que de tres hachazos acababa de romper las rejas. Se secó el sudor y respiró resoplando como buey después de la arada, bebiéndose el viento, el sol, la fragancia de la tierra.

—Juego de dos... Saldías había hallado el as del triunfo.





UN «AS DE ASES»

En los inválidos —allí mismo donde el Gran Emperador duerme su sueño inmortal— pueden verse aún los restos de lo que fuera un pequeño aeroplano de combate. Sobre su fuselaje se lee Viejo Carlos. Al lado, una sencilla placa recordatoria lleva grabada esta leyenda: Muerto en el campo de honor, noviembre 9 de 1917, después de tres años de heroica lucha. Y más abajo, esta sola palabra: Guynemer.

Cuando aun estaba vivo, Georges Guynemer era ya un mito. Los aviadores aliados tenían en él una fe ciega. Brocard, el gran piloto, que fué su mejor amigo, lo define de este modo: "Guynemer fué una poderosa idea alentando en un cuerpo frágil". En cambio, para los obscuros parias del ejército francés, los soldados de infantería, fué un símbolo viviente, casi un ser de leyenda.

Poseía esa cualidad innata que hace de un hombre un dios. Al incorporarse a las Cigüeñas, la escuadrilla de aviones más célebre de Francia, ese muchacho de veinte años, endeble y enfermizo, fué objeto de la burla de todos. Era apenas un piloto discreto; pero, gracias a la infalible precisión de sus tiros, daba cuenta en treinta segundos de su adversario. Un día derribó dos Fokkers alemanes en un solo minuto. El 25 de mayo de 1917 derribó dos por la mañana y otros dos por la tarde.

Caballero de la Legión de Honor, Medalla Militar, Cruz de uerra con 26 palmas ,Cruz de San Jorge ,Cruz de Leooldo, D. S. O. (Distinguished Service Order, una de las más altas condecoraciones inglesas), para no mencionar sino algunos de sus innumerables títulos, fué siempre un héroe modesto.

Cuando las balas enemigas habían agujereado su fuselaje, trazaba a su alrededor círculos rojos. Eso fué Guynemer: el arrojo hecho hombre. Pero ese arrojo le hacía falta: su mala salud era notoria, y hacia el final convulsionaban su cuerpo frecuentes y dolorosos accesos de tos. Y, sin embargo, fué más grande que todos; más grande que Heustaux, Nungesser, Lufbery, Rickenbacker. Como jefe de la escuadrilla Las Cigüeñas —de donde salieron seis jefes de otras tantas escuadrillas— se destacó por su serenidad en el combate y sus condiciones de estratega.

A veces solía decir:

—No hay duda: he nacido bajo una buena estrella. Derribado siete veces por el enemigo, aquí me tienen, vivito y coleando.

En Francia, los orígenes de la familia Guynemer se remontan a la época de la Chanson de Roland. Un Guynemer fué a las Cruzadas. Uno murió en Vilna, bajo las órdenes de Napoleón; un tercero perdió la vida contra Nelson en Trafalgar. El padre de Georges era un oficial retirado de la famosa escuela de Sint Cyr.

La salud de Georges dió siempre mucho que hacer a sus padres. De constitución enfermiza, pasó dos largas temporadas en Suiza, sin que el aire puro de las montañas produjera mejora alguna en su estado.

Más tarde, en el colegio Stanislas, no pudo jugar al "foot-ball", pero disparaba el rifle como nadie, y su intrepidez y su valentía ante el peligro rayaban en la locura.

Obtenido su título de bachiller, estaba por seguir los cursos de la Escuela Politécnica, cuando una repentina recaída lo obligó a desistir de ese propósito, y a los 19 años lo encontramos en Biarritz, reponiéndose de su grave enfermedad.

Era en julio de 1914, fécha que señala el estallido de la Gran Guerra, y el comienzo de la leyenda de Guynemer.

Tres veces rechazado por la oficina reclutadora de Bayona, acudió por último a su padre, que, en su calidad de oficial retirado, podría, tal vez, hacer modificar la sanción recaída sobre él.

El señor Guynemer se presentó en la oficina reclutadora, cuyo presidente le dijo:

—Señor, me dirijo a un antiguo oficial. ¿Cree usted, en toda conciencia, que su hijo podría llevar la mochila del soldado o montar un caballo?

Al volver ese día el joven Guynemer a las arenas del Angelet, donde vivía su familia, sus ojos echaban chispas. Epoca de profunda depresión moral. Luego, de pronto, vino la respuesta bajo la forma de un aeroplano que cierta tarde realizó un aterrizaje forzoso frente a la casa Guynemer. Puesto que no podía llevar un fusil, y estaba demasiado enfermo para montar un caballo, sería piloto.

En el cuerpo de aviación de Pau, adonde fuera días más tarde,discutió, rogó, imploró tanto, que las autoridades acabaron por ceder. Le fué permitido seguir el curso de mecánico.

A partir de entonces no se dió tregua. Acosados a preguntas, los pilotos lo rehuían como a la peste. Y en dos meses sabía tanto de motores de aviación como el más entendido de los mecánicos. Poco después era promovido a practicante de piloto. En marzo de 1915 condujo su primer avión, efectuando círculos en torno a sus veteranos compañeros, que no salían de su sorpresa ante tanta pericia. Desde Pau fué enviado a la gran escuela de combate de Avord. Y en junio de ese mismo año lo llamaron a Vauciennes para llenar un vacío producido en la Escuadrilla M-S 3: Las Cigüeñas.

Por su extrema juventud fué el hazmerreír de todos. Le encargaron tareas livianas, tales como la de fotografiar las fortificaciones y las trincheras enemigas. Hasta que el 9 de junio resolvió tomar el asunto en sus manos.

Ese día emprendió el vuelo a espaldas de sus superiores. Cerca de Soissons vió venir a su encuentro un Aviatik de dos asientos, al que derribó en pocos minutos.

Esta vez su regreso al campo, a pesar de la grave infracción cometida, fué saludado con prolongados aplausos. Lo nombraron sargento y le dieron la Medalla Militar. Contaba 21 años.

El 5 de diciembre de 1915 acribilló a balazos a otro Aviatik sobre el bosque de Ourscamp. Tres días más tarde, sobre las trincheras de Beuvraigne, volteó el tercer aparato enemigo. Seis días después hirió de muerte, desde abajo, a un gran Fokker de bombardeo, que por poco lo arrastra en su caída. Tres victorias en nueve días. En cierta ocasión fué derecho contra un avión enemigo, otro gran Fokker provisto de dos ametralladoras, cuyo fuselaje orzaron sus ruedas. Situación extremadamente crítica para él, pues se exponía así a los tiros de su poderoso adversario sin poder responderle. ¿Qué hizo? Muy sencillo: tras una magistral zambullida, fué a colocarse exactamente debajo del Fokker. Imposible ametrallarlo en esa posición. Por útimo, disgustado, el avión enemigo volvió a su base.

Al pedírsele sus impresiones sobre esa jornada, Guynemer se limitó a contestar:

—Pues... en cierto momento creí que allí se acabaría mi carrera.

El ejército empezaba a ocuparse seriamente de él. Un muchacho de 21 años que contaba en su haber catorce peleas y cuatro victorias, no podía ya ser motivo de burlas. La víspera de Navidad recibió una citación concebida en estos términos: "Piloto de gran valor, modelo de devoción y de coraje". Fué promovido a teniente segundo. Un general tocó sus dos hombros con su espada, como en la Edad Media, y Georges Guynemer se vió convertido de la noche a la mañana en Caballero de la Legión de Honor.

En febrero de 1916 tuvo lugar uno de los episodios más memorables de la gran contienda: la ofensiva alemana contra Verdún. Las Cigüeñas emprendieron el vuelo hacia el frente de batalla a través de la Champagne. Durante el trayecto Guynemer se anotó una nueva victoria contra un aparato enemigo. Pero ya sobre Verdún la suerte le fué adversa: un aeroplano alemán de dos asientos (y dos asientos significa dos ametralladoras) se trabó en lucha con él, y tras una desesperada resistencia Guynemer fué derribado. Lo recogieron con dos balas en el brazo izquierdo, un fragmento de hierro en la mandíbula, y la cara deshecha.

Tras una corta estada en París, volvió al frente, y en julio, durante una batalla aérea, fué derribado por segunda vez, con la hélice hecha pedazos.

Una semana más tarde conquistaba su novena victoria.

Durante la primera batalla del Somme se multiplicó. Junto con Alfred Heurtaux voló sobre las trincheras alemanas, acribillándolas a balazos. Poco después daba cuenta de un nuevo aeroplano. El 17 de agosto le bastaron tres balas para inutilizar a otro, y el día siguiente, un tercero con sólo dos tiros. ¡Cinco tiros para voltear dos aeroplanos!

El 9 de septiembre, durante una encarnizada pelea con fuerzas muy superiores, estuvo por tercera vez a punto de perder la vida.

A las once y media de esa mañana sus tiros acabaron muy pronto con un Aviatik, que se precipitó a tierra envuelto en llamas. Un minuto más tarde, caía su segunda víctima, mortalmente herida. Tres minutos después, la tercera. Fué entonces cuando una bala francesa ,al destrozar una de las alas de su avión, le hizo perder el control del aparato, que cayó desde una altura de diez mil pies. Sólo la reciedumbre del fuselaje evitó una catástrofe.

Cuando pudo, por fin, salir de los escombros, vió a pocos metros de distancia lo que quedaba de su segunda víctima del día: ¡Guynemer la había arrastrado en su caída!

Nueva temporada en el hospital. Pero esta vez sus superiores no trataron de disuadirlo de que no volviera al frente. Contaba en su haber diez y nueve victorias...

Volvió. Su salud quebrantada inspiraba serios temores, mas ella no fué un obstáculo para que, el 10 de noviembre, añadiese dos victorias más a su plana de servicios. El 22 volvió a repetir su hazaña. En enero de 1917 su carnet de vuelo señalaba treinta aviones enemigos derribados. Fué nombrado capitán, y ese mismo día volteó tres Fokkers. En mayo 8 su "score" marcaba treinta y ocho, y en junio 5, cuarenta y cinco. ¡As de los ases!

Cuando Las Cigüeñas emprendieron el vuelo rumbo a Flandres, esa cifra había subido a cincuenta y uno. Era ahora el héroe de la guerra, y las masas rendían culto a su increíble arrojo. Pero eso debía costarle muy caro.

Las batallas aéreas a cuatro mil metros de altura no son las más indicadas para los enfermos pulmonares. Contrajo una tos violenta, y los médicos, al examinarlo, alzaban las manos con horror. Sus argumentos, sus protestas, se estrellaron, empero, contra la férrea voluntad del muchacho, que les dijo por toda respuesta:

—¡Al diablo mi salud!

El 27 de julio del mismo año, tras una corta temporada de reposo, estaba de vuelta en el frente. Al día siguiente derribó a un Albatros, sobre Roulers. Dos semanas más tarde, en cuatro días, precipitaba a tierra tres aviones más. ¡Cincuenta y tres victorias! Aun los macizos pilotos ingleses empezaron a creerlo inmortal. Cientos de balas habían perforado sus ropas, rozado su cabello; pero, hasta ese momento, ninguna había llevado impreso su nombre...

Ahora sólo sus amigos más íntimos le hablaban de retiro. Pero sus insinuaciones sólo provocaban la risa del joven héroe.

Sus viajes a París eran verdaderas apoteosis. Las mujeres se apiñaban en torno a su alta y delgada silueta. En cierta ocasión, una entusiasta le arrancó los guantes, y Guynemer tuvo que ir a misa sin ellos. Su pequeño "roadster" blanco era más popular que el coche del presidente. Cuando, en las ceremonias oficiales, llevaba sus medallas, le cubrían literalmente todo el pecho.

Era la modestia en persona. Un día, Jacques Mortane, celebrado periodista parisiense, le dijo:

—Voy a escribir un artículo sobre usted.

—Muy bien — repuso al punto Guynemer — escriba todo lo que quiera, siempre que no mencione mi nombre.

Setiembre de 1917. Por primera vez en su carrera, la suerte le es decididamente adversa.

Al atacar a un gran Aviatik, su ametralladora no funcionó. Volvió a remontar el vuelo, encontrándose esta vez con dos aviones enemigos: el mismo inconveniente. Luego, varios días de mal tiempo. Poco después, tras un decollage impecable, se perdió en medio de una espesa niebla. Al día siguiente efectuó tres salidas. A la primera, los motores fallaron. A la segunda, fué derribado por tres aparatos alemanes, efectuando un aterrizaje forzoso. Al reanudar el vuelo, se inflamó la nafta, obligándolo a descender por tercera vez.

Comentando estos incidentes, manifestó a un amigo:

—Mi suerte ha durado demasiado.

Los pilotos le rogaron que volviese a París. Por fin accedió. Era el 7 de noviembre. Fué la última vez que el pueblo de la Ciudad Luz pudo aclamarlo.

El 9 ,a las ocho y media de la mañana, se instaló en el puesto de comando de su pequeño avión. El teniente Bozón-Verduraz, por su parte, hacía lo propio con otro aparato.

Sobre Poelkapelle vieron venir a su encuentro a dos aeroplanos señalados con la cruz de hierro. Sin vacilar, Guynemer fué derecho hacia el primero, mientras Bozón-Verduraz se trababa en lucha con el segundo. Cuando pudo por fin mirar a su alrededor, sólo vió las siluetas fugitivas de los dos Fokkers. Describió grandes círculos, sin hallar rastros de Guynemer. Esa noche, la escuadrilla aguardó en vano el regreso del héroe. Un escueto parte oficial: "Guynemer no ha vuelto", debía acabar con sus esperanzas.

Toda Francia lloró su muerte. Las banderas fueron puestas a media asta. Los alemanes afirmaron que el cuerpo de Guynemer estaba sepultado en Poelkapelle, pero cuando las tropas inglesas tomaron ese pueblo, no hallaron sepultura alguna. Otra noticia afirmaba que su aparato cayó en la Tierra de Nadie, haciéndose trizas.

Aún hoy, los campesinos franceses están firmemente convencidos de que Guynemer no ha muerto. ¿Cómo puede morir un ser inmortal? Como Juana, doncella de Orleans, bajó a la tierra cuando la necesitaban. Y, una vez cumplida su misión, se fué hacia el infinito, de donde viniera.

Hoy día, Guynemer vuela con las águilas.

★

POR
Richard W. Lowell
ILUSTRACION DE PARPAGNOLI

EN EL REINO DE LA TSE-TSE

por Enriqueta Celarié ★ Ilustraciones de Guevara

El camino que seguimos, de Yaounde a Ayos, ofrece el encanto de un maravilloso jardín. Verdes de un verde profundo, inalterado, eterno, las palmeras se suceden. Un agua abundante las anega casi. Como toda el Africa Ecuatorial, el Camerún tiene buen riego.

Mujeres indígenas pasan, agobiadas bajo una banasta. Muchas llevan un delantal de algodón de colores abigarrados. La moda de las otras es uniforme. Algunos cordones de abalorios alrededor de la cintura sostienen por delante un cuadro de paño y, por detrás, un almohadoncito: el "ebrú", de fibras de rafia; cuando la mujer camina, esas fibras se balancean graciosamente. A cada paso; cuando se sienta, las recoge bajo ella: es un aparato, a decir verdad, muy cómodo. Nunca una indígena se saca el "ebrú", ni aún cuando se baña, ni siquiera cuando tiene un vestido a la europea. La silueta un poco cómica que presentan así, vistas de espaldas, recuerdan las de nuestras madres, allá por el año 80, cuando se usaba el polizón.

De pronto se nos acerca una figura envejecida por el sufrimiento. Es un niño delgado, grisáceo, recubierto de una caparazón de barro que se levanta en escamas. Huérfano, seguramente. No hay manera de equivocarse: sus pies están roídos por las niguas, terribles insectos de la selva. Nadie en la tribu se ocupa de él. Para no morirse de hambre, busca sus alimentos entre las basuras. Siempre sucede lo mismo. En Bagante le trajeron al administrador un bebé de cuatro días; la madre había muerto al darlo a luz. Ninguna mujer, en la aldea, quiso darle el pecho. Hay un sentimiento oscuro para nosotros, la obediencia a una interdicción ritual: el "eki". Quien no la acata, es castigado directamente o en la cabeza de los suyos.

Paramos en el kilómetro 84. Sobre el borde del camino, el jefe indígena de la región hace construír una gran choza. Sus mujeres la edifican. Desnudas enteramente, salvo el "ebrú", remueven la tierra, la mezclan con los pies. La ardiente luz del mediodía las fulmina. De sus cuerpos sudados sube un olor repugnante. El jefe ha pagado una dote para tenerlas. Ellas son la marca exterior de su riqueza y, más aún, admirables instrumentos de trabajo. A las mujeres les tocan los trabajos más penosos. Mientras que ellas no paran un minuto, el hombre vive en una feliz pereza. Su sola fatiga consiste en comer las legumbres, los frutos que sus mujeres han cosechado o en recibir el dinero en el mercado. Un jefe rico posee centenares de mujeres. Tan sólo algunas de ellas son sus esposas. Las otras son simples obreras. Cuando muere, su heredero las recibe con los demás bienes. Cuanto más mujeres posee el indígena, más dispone de productos para vender, más aumenta su riqueza y más mujeres puede comprar.

A primera vista parecería que son los indígenas que tienen más mujeres los que debían tener más criaturas. No ocurre así. El sultán de los Bramouns, M'joya, ha tenido mil doscientas mujeres, y tan sólo ciento cuarenta y siete hijos. El jefe de la región Mangelos tiene mil cuatrocientas mujeres, y ningún hijo. Desde el punto de vista de la repoblación, la poligamia es un verdadero peligro. Almorzamos en compañía del doctor Jamot, jefe de la estación sanitaria de Ayos. Naturalmente hablamos de la enfermedad del sueño. El doctor Jamot me pregunta:

—¿Ha visto ya moscas tsé-tsés?

—Sí, en proyección.

En el mismo momento una mosca vuela cerca mío. Exclama:

—¡He aquí una!

Es una mosca filaria. Sus alas no son en forma de tijera, su grueso vientre negro está estriado de amarillo. Si me pica, me atacará la filariosis. Pelotones de gusanos, en ese caso, se albergarían bajo mi piel, me saldrían por los ojos. Con la mano, alejo el odioso insecto. La mosca se va zumbando:

—Prueba suplementaria — dice uno de los jóvenes médicos que nos acompañan — de que no se trataba de una tse-tse. Las tse-tses son silenciosas.

¡Silenciosas! La mesa se divide en dos campos igualmente vehementes. Por un lado se afirma que la tse-tse produce, al desplazar el aire, un ligero susurro. Por el otro, se niega que se deba a una onomatopeya el nombre de la mosca tse-tse. Poco importa; de todo esto lo que yo saco en limpio, es que todas las moscas aquí son temibles. Pero al parecer exagero.

—Para que la tse-tse se torne infecciosa — me explica el doctor Jamot — es necesario que haya picado a un enfermo con tripanosomas y absorbido, con la sangre, los parásitos que en ella se encuentran. Todas las moscas que pican enfermos, nos infectan y todas las que se infectan no son infecciosas.

—¿Y la enfermedad es siempre mortal, doctor?

—No siempre. El doctor Montestruc, que viene con nosotros, fué contaminado en Ayos, y sin embargo se salvó.

Su buena salud, en efecto, es evidente.

—¿Cómo lo supo usted, doctor? — le pregunto. — ¿Dormía usted todo el tiempo?

—¡Al contrario! No podía dormir. Me sentía fatigado, pero iba a mis ocupaciones. Tenía un poco de fiebre, que achacaba al paludismo. También sentía dolores de cabeza.

—¿Y el signo "de la llave" — dice otro de los jóvenes médicos — lo sintió?

—En cuanto a eso, sí. Me acuerdo del dolor anormal que me causaban el menor choque, la simple presión de mi mano sobre una llave o picaporte, cuando tenía que abrir una puerta cualquiera. Ese signo es, por otra parte, el que me dió la voz de alarma. Un examen de la sangre reveló que yo alimentaba magníficos tripanosomas.

Nos ponemos nuevamente en camino. Pronto alcanzamos el valle del Nyong. Nos cruzamos con mucha gente que vuelve de sus labores.

—Usted ve las cargas que esos indígenas llevan sin flaquear — me dice el doctor Jamot. — Usted ve su aire de salud. Hace algunos años no hubiera visto más que espectros. Estamos en el antiguo reino de la enfermedad del sueño. Su cuna está situada en el valle del alto Nyong. Un oficial alemán, el capitán von Stein, la señaló por primera vez, en 1901. En esta región, el bosque es pantanoso, las tse-tses son innumerables y la población relativamente densa. La enfermedad encontraba condiciones favorables a su desarrollo. Vaciaba las chozas, despoblaba las aldeas. Donde habían tres mil habitantes, no tardaba en dejar quinientos. La tribu Djena tenía once villorrios y hubo que reagrupar en dos lo que quedaba de la población. Me acuerdo de una aldehuela de 60 habitantes: todos, menos uno, estaban contaminados, y aun éste, poco después cayó enfermo. Los atacados estaban condenados a morir. No se sabía cómo curarlos. Cuando llegaban al último término de la enfermedad, frecuentemente los indígenas lo llevaban a una choza aislada. Así es que más de una vez ha sucedido que una vieja pantera que no tenía ya fuerzas para cazar, pero que tenía hambre, penetrara en la choza y devorara al moribundo dormido.

Miro el paisaje. Sobre el flanco de un montículo, se diseminan blancas casas sonrientes. A nuestros pies se extiende el valle del Nyong. Tiene una dulzura encantada, una paz que purifica. Pero he aquí que ya comienza el crepúsculo africano, cuya tristeza aprieta el corazón; la orquesta de los mosquitos comienza su concierto. El doctor Jamot me dice:

—En el Nyong, no lo olvide, la dosis de quinina es doble.

Al día siguiente, marchamos bajo un sol feroz.

El doctor Jamot me lleva al hospital. El auto se para. A nuestros pies el Nyong extiende sus aguas tan negras que hacen pensar en las de la Estigia. Una veintena de edificios de una blancura resplandeciente están diseminados sobre la parte llana. Los pacientes son allí visitados, cuidados, operados, en vista de las investigaciones sobre la enfermedad del sueño; aunque no tengan más que enfermo un pie o la dentadura, se les hace el análisis de la sangre para buscar tripanosomas.

Cada uno de los edificios contiene veinte lechos. Ayos puede hospitalizar de 500 a 600 enfermos.

La primera sala que visitamos tiene largos bancos, en los cuales están sentados hombres, mujeres y niños de rostros terrosos y tristes. Sus actitudes resignadas son idénticas a las de todos los pacientes de hospital en el mundo entero.

Estrías verticales rayan sus frentes y sus mejillas. No se les pueda impedir que se tatúen. El tatuaje les sirve para reconocerse entre ellos. En ciertas tribus se cree que los no tatuados no pueden, después de su muerte, entrar al país de los Bekons (espíritus). Están condenados a errar en un lugar donde sufren horriblemente por las picaduras de las niguas.

Antes, en Ayos, cada mañana se encontraban de treinta a cuarenta personas por término medio, infectadas de tripanosomas. Al presente no se descubren tantas en el espacio de un mes. Penetramos en la choza donde se atiende a los atacados por la enfermedad del sueño. Uno de ellos está de pie, con las manos atrás de la cabeza. Sobre su pecho, en grandes caracteres trazados con pinceladas de cal, se indica la dosis de inyección que hay que hacerle.

—¿Qué medicamento emplean? — le pregunté al Dr. Jamot.

—En 1905, el profesor portugués Ayres Kopke tuvo la idea de utilizar por primera vez el Atoxil con bastante buen resultado. En 1920, del instituto Rockefeller nos enviaron la Triparsamida. Después el doctor Fourneau descubrió el medicamento que lleva su nombre. Los enfermos están extendidos al sol o a la sombra del alero de la choza. Los hay de todas las edades. Los que provocan más dolor son los niños. Uno de ellos puede tener diez años. Su madre acaba de traerlo. Cuando lo coloca sobre la camilla, parece un cadáver. Nos detenemos frente a un segundo grupo. Son los enfermos en el segundo período, aquel en que la infección ha ganado los centros nerviosos. Su piel es seca, color de tierra; sus cabellos están descoloridos. Casi todos son flacos, de una flacura espantosa de esqueleto.

En esta fase de la enfermedad se observa, habitualmente, el síntoma característico: desde que el enfermo está inmóvil, duerme. Sueño agotador, pesado, pero no pacífico. Sus miembros, su rostro, se descomponen y agitan a causa de los tics y sacudimientos nerviosos que los asaltan continuamente.

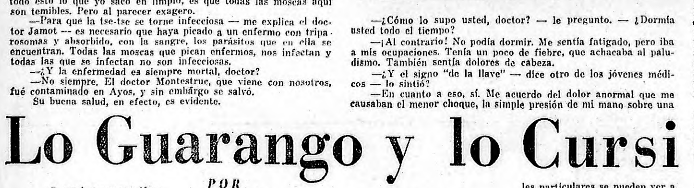
Con voz alta, Jamot interpela a uno de ellos:

—Cómo te llamas?

El durmiente hace esfuerzos para levantar la cabeza, entreabre los párpados, muestra los ojos extraviados; comienza a articular su nombre; antes de haber concluído de pronunciarlo, su mentón cae sobre su pecho. Le pregunto a Jamot si podrá curar. Me contesta que puede considerárselo salvado.

De pronto escuchamos gritos y risas que hacen daño. Con gesticulaciones y saltos, una banda de negros viene hacia nosotros y efectúa una danza odiosa y grotesca. Son los que se han vuelto locos a causa de la enfermedad. Uno de ellos, según me cuentan, hace algunos meses demolló la pared de su celda y con un ladrillo mató a su vecino.

Pasamos al laboratorio. Me muestran en el microscopio un tripanosoma. En medio de los glóbulos que una reacción ha coloreado en violeta, aumentando su tamaño centenares de veces, el tripanosoma que estoy mirando se parece a una serpiente. Su cabeza es aguda, su cola afilada. Se alarga para apoderarse de los glóbulos que se encuentran en su vecindad; los golpes vigorosos que da con la cola, remueven los glóbulos en distancias que el microscopio hace aparecer considerables. Poco a poco, sin embargo, su frenesí se calma, sus movimientos se tornan más lentos, hasta cesar por completo. El minúsculo productor de la terrible enfermedad del sueño, ha muerto.



Lo Guarango y lo Cursi

POR AMPARO MOM

ILUSTRACION DE GUIDA

Lo cursi, como manifestación humana, ocupa, un lugar bastante amplio en las maneras, en las costumbres, en las expresiones y hasta en la atmósfera de las personas. Porque lo cursi tiene su clima especial y muchas veces es tan sutil que apenas asoma, sin ninguna fuerza exterior, pero con tal fuerza interior, que se apodera del ambiente, del objeto y del individuo, con la terrible marca del detalle. Esta manifestación, que podría ser orgánica, puesto que muchas veces está en el timbre de la voz y en los rasgos fisionómicos, no serpeta categorías ni rangos y se exterioriza en todo lo que sea rebuscado, amanerado, artificioso, y es por esto que siempre lo cursi tiene en el fondo de su expresión, algo triste, porque le falta verdad, naturalidad.

Muchas veces se confunde el mal gusto y lo guarango, con lo cursi. El mal gusto es definido, categórico, como lo es también lo guarango, en su detonante explosión. Lo cursi, en cambio, tiene su tono callado, y es tan persistente, y tan peligroso, que aparece en donde el refinamiento quiere hacer su dominio. Como sutileza de cursilería se podría contar el caso de una señora a quien le fué presentado un conocido poeta, que acababa de publicar un libro:

—Muchas gracias, fulano, por su nuevo libro... — exclamó la señora estrechándole la mano al poeta.

El poeta, que no la conocía ni de nombre, respondió bastante confundido:

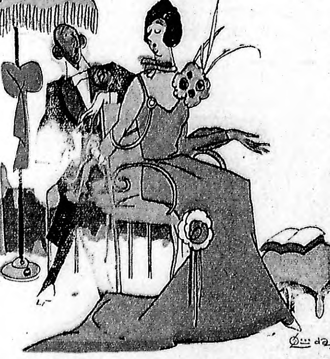
—Señora, perdone, pero... yo no recuerdo habérselo enviado.

—No, fulano — contestó ella — yo le doy las gracias por la emoción y la belleza que nos ha dado con su libro.

Como se ve, la forma rebuscada de este elogio, es la que lo hace tremendamente cursi. Y viene a resultar, como siempre, que lo refinado, como lo exquisito y lo puro, es lo que está de vuelta de toda complicación.

Entre todas las artes, es en la literatura en donde se cae con más facilidad en la cursilería, e indudablemente, es el tema amor el más peligroso. Está de más hablar de las célebres tertulias cursis en las cuales la declamación de las niñas casaderas hizo tanto daño a la poesía. También existe en muchas personas una debilidad por las frases poéticas y es en los discursos, sobre todo en los discursos patrióticos, políticos y fúnebres, en donde abundan la imagen enfática, las llamadas "palabras difíciles" y las infaltables citas. Y es entonces cuando lo cursi se manifiesta como una flaqueza del indi-

Lo pasado de moda puede ser cursi y más cuando se trata de la moda en el vestir. Hasta hace muy poco tiempo cualquier reminiscencia del año 1900, era el perfecto símbolo de lo cursi y esto aumenta si recordamos que en aquella época se llegó a la culminación de lo afectado, de lo amanerado y lo artificioso pero, "alguien" encontró que tenía gracia todo aquello lleno de curvas, tanto en las siluetas de las mujeres como en sus trajes, en sus sombreros, en las galeras de los hombres, en los bigotes, en las reverencias, en los muebles, en fin, en ese estilo mezcla de otros muchos estilos que dió como resultado el deplorable "Art Nouveau". Hoy, el 1900 tiene una ráfaga de moda, y por lo tanto, cualquier evocación, todavía no es cursi.



Se podría afirmar que la cursilería emana directamente de la persona y que por lo mismo imprime su sello a todo. Sin embargo existen espíritus cultivados y que, por desgracia, tienen su pequeña falla, su pequeño detalle cursi. Es cuando lo cursi se siente, pero no se ve. Es cuando los traiciona un perfume, un gesto, una mirada, una frase.

Tratándose de cosas inanimadas, muebles y objetos de adorno, decoración interior, etc., éstas encuentran generalmente su triste final, en las casas de remate, cementerio de la cursilería, adonde van a parar, en donde se amontonan mostrándose sin ninguna piedad, en toda su desnudez, sin el ambiente disimulador de su terrible condición de cosa imitada, de cosa que quiere ser lo que no es.

En cuanto a las casas y a los muebles, no es precisamente lo ordinario, lo barato, lo que les da ambiente de cursilería, sino sus pequeños o grandes detalles pretensiosos. Esto no afirma que lo auténtico tenga siempre sello de no cursi, pues bien sabemos todos hasta qué punto de cursilería han llegado ciertos estilos. Naturalmente que a la vulgarización de algunos ha contribuído el abuso de sus imitaciones. ¿No es cursi el futurismo? ¿No resultan ahora pretensiosamente cursis las adocenadas casas modernas en donde de la afectación y el artificio del ambiente desmantelado hacen sentir ausencia de calor, de intimidad y de verdad? Los ambientes conseguidos con naturalidad, en donde cada mueble y cada objeto tienen su razón, su necesidad de estar, nunca impresionarán como cursis.

★

Antes de hablar de lo personal, es oportuno referirse al cúmulo de cursilería que aportaron los nuevos ricos, joyas, muebles, cuadros, adornos, y, sobre todo, automóviles. Los nuevos ricos, en el afán de demostrar lo que poseen, ponen en evidencia esa abrumadora cursilería de lo abundante. En los automóviles particulares se pueden ver a cada paso detalles como el del muñequito colgando en el vidrio, y lo detonante de su tapicería. Viene al caso recordar a un señor que tenía un aparato de radio en su automóvil y que durante las noches de verano atormentaba con su gangosa música a las tranquilas personas que iban al espigón del Puerto Nuevo, a gozar del aire y del silencio.

La expresión tan conocida, el medio pelo, encierra un verdadero sentido de lo cursi. Esa calificación se les da a las personas de mentalidad inferior, que sin tener el valor de su origen pequeño-burgués quieren aparentar una situación social. Se ve fácilmente en éllas el esfuerzo diario por frecuentar lugares que generalmente ya están pasados de moda. Leen las insulsas notas sociales de todos los diarios y revistas y en ellas aprenden de memoria los nombres que "figuran". Creen que Mar del Plata es "distinguido" y Mar del Plata es su sueño dorado, pero no por su mar y por sus playas, sino, por encontrarse en el aglomerado y vulgar desfile de su rambla. Esta aspiración a una apariencia no lograda hace que estas personas medio pelo créen alrededor de éllas un ambiente de cursilería.

Entrando a lo cursi personal, es decir, a lo que lleva de cursi en su aspecto y en su indumentaria una persona, son muchos los detalles que determinan esta manifestación. Está de más referirse a la cursilería popular, que debe encerrar para todo espíritu sensible la emoción de lo ingenuo. Lo cursi es, pues, importante y terrible cuando se trata de personas a quienes por su condición y situación se les exige cierta línea. Es claro, que hay personas que ya tienen un físico cursi, como es cursi la entonación de su voz. Y esto pasa muy a menudo en las mujeres de cierto tipo de belleza, que por su nariz muy pequeña y su boca muy pequeña también, su voz y su gesto resulta afectado.

Una gran importancia tienen el cabello y el peinado de la mujer. Es increíble como el detalle de una onda, puede cambiar su expresión. Muchas veces vemos una mujer vestida con elegancia, pero hay algo en ella que evidentemente nos choca y es que su cabello está teñido, ya sea de un negro tan profundo que parece azul o de un rubio tan amarillo que hiere la vista. Esto, como tantas otras cosas, aspira a una realidad, pero su resultado es artificioso. En el físico de las personas, como en su indumentaria, en sus predilecciones, en su cultura, en el clima de que se rodea, siempre que se salga de lo natural, se caerá inevitablemente en lo cursi.

Bibliografía

CANGURO. — Por D. H. Lawrence. - Prólogo de Victoria Ocampo. - Ediciones "Sur"

En la página 377 de su novelas "Canguro" Lawrence está cerca de obtener la definición de su famoso "dios oscuro". Da, sin embargo, algunos tropezones con las palabras "viviente" e "inefable" hasta el punto de inutilizar la segura pista que entreveíamos para dilucidarlo de una vez por todas. Hasta él mismo siente un pequeño remordimiento mezclado a un conmovedor alarido de impotencia, cuando se acusa de charlatán y pecador" en la página 386, en la que, además, manda al diablo su "dios oscuro". Es que Lawrence, mejor que nadie, sabía a lo que se estaba exponiendo. Su exarcebada sensibilidad, tan propia del hombre acosado que en definitiva es un enfermo demasiado consciente de su enfermedad, le revelaba el peligro que entraña el recurrir a las fuentes primarias de la vida, al instinto libertado en absoluto, hasta del mismo amor, como sostiene frente al lecho de muerte del apasionado Cooley (Canguro), con una especie de intensidad diabólica. Por eso nos atraen sus contradicciones, por eso las respetamos: involucran la tragedia misma de la vida de Lawrence. Tiene una esperanza que nos permitimos considerar desmensurada. Pero como no es ningún tonto, se da perfecta cuenta de que ella puede servir de base a las más miserables interpretaciones, incluso al nacimiento de una brutal grosería cuya perspectiva lo enloquece casi físicamente, como si un animal repugnante, de piel fría, hubiera rozado sus nervios al descubierto. Su "dios oscuro", llamado otras veces, magníficamente, "ternura de la sangre", constituye su esperanza y su miedo. Cuando los aplica a lo sexual, vacila de un modo tremendo: teme, quizás con demasiada razón, que sean confundidos con la licencia, manchados con la obscenidad. Tan saludable reserva, bien justificable desde el punto de vista no sólo mental, sino también con atingencia a la triste realidad que nos rodea, ha merecido una de las más estúpidas paradojas de Aldo Huxley, reproducida con fruición por la señora Victoria Ocampo: "Lawrence era un puritano" Aparte de esta idea central de retornar a esa indefinible ternura de la sangre, mezcla sutilísima de una ansiedad por lo primitivo, por una vuelta a lo físico "verdadero" (otro misterio) y de su logro a fuerza de un superrefinamiento de nuestras potencias anímicas, gran incidente que envuelve en definitiva nada menos que el intento de hallar la felicidad humana y la armonía de las relaciones humanas y tal vez divinas, pocos pormenores incidentales encontramos en Canguro. Y apenas alguna que otra declaración sobre los problemas laterales: odio a los militares y a los comerciantes en la página 312, alguna cosa sobre el amor, demasiado parecida a la de Wilde en la "Balada de la cárcel de Reading", en la página 231, un capítulo simbolista, bastante aburrido sobre el matrimonio, "Harriet y Lovat en el mar", breve definición de la novela en la página 404; un brulote a los que se han apoderado de la fuerza y el poder, en la página 375; rápida confesión de amor a la clase obrera en la página 284; franco repudio a la superioridad, basada en el dinero, en la página 430

El prólogo de la señora Victoria Ocampo, aparte de su curiosa clasificación de escritores, que comprende dos grupos, el de los que "nos atraviesan con su agudo acero que sólo da en el blanco adonde apunta" y el de aquellos, indudablemente más refinados que los anteriores, cuyo pensamiento penetra "en espirales como un tornillo", de todo lo cual se deriva que los primeros escriben libros que "nos maravillan, pero no nos fecundan", y los segundos libros que "nos llenan tanto a veces, de nuestros propios gritos, que los leemos al revés", no contiene muchos pasajes divertidos. Porque, los errores de pensamiento, la improvisación, la falta de una sólida cultura, no pueden serlo nunca, y por tanto, cualquiera que desee mantenerse en un terreno cortés con una dama, que no deja de serlo por meterse en complicadas y poco satisfactorias andanzas críticas, debe abstenerse de leer el prólogo de la señora Ocampo. Esa desatención constituye la mayor atención que se puede tener con ella. U. P. de M.

★

RADIOGRAFIA DE LA PAMPA. — Por Esequiel Martínez Estrada.

Algunos alemanes intensos (entre los que se hubiera destacado el inglés De Quincey, a ser contemporáneo nuestro) han inventado un género literario: la interpretación patética de la historia y aun de la geografía. Osvaldo Spengler es el más distinguido ejecutante de esa manera de historiar, que excluye los encantos novelescos de la biografía y la anécdota, pero también los devaneos craneológicos de Lombroso, las sórdidas razones almaceneras de la escuela económica y los intermitentes héroes, siempre indignados y morales, que prefiere Carlyle. Lo circunstancial no interesa a los nuevos intérpretes de la historia, ni tampoco los destinos individuales, en mútuo juego de actos y de pasiones. Su tema no es la sucesión, es la eternidad de cada hombre o cada tipo de hombre: el peculiar estilo de intuir la muerte, el tiempo, el yo, los demás, la zona en que se mueve y el mundo.

Mucho de la manera patética de Spengler, de Keyserling y aun de Frank, hay en la obra de Martínez Estrada, pero siempre asistido y agraciado de honesta observación. Como todo poeta inteligente, Ezequiel Martínez Estrada es un buen prosista — verdad cuya recíproca es falsa y que no atañe a los misteriosos poetas que pueden prescindir de la inteligencia. Es escritor de espléndidas amarguras. Diré más: de la amargura más ardiente y difícil, la que se lleva bien con la pasión y hasta con el cariño. Sus invectivas, a pura ennumeración de hechos reales, sin ademanes descompuestos ni interjecciones, son de una eficacia mortal. Recuerdo para siempre una página: la que declara la terrible inutilidad de todo escritor argentino y la fantasmidad de su gloria y la perfecta aniquilación que es su muerte.

Un admirable estudio. J. L. B.

Rebelión

por Horacio Laurora

Ilustraciones de Parpagnoli

ESTHER cargó a la criatura y entró a su casa.

Desde el zaguán le pareció que todo había experimentado un cambio.

La enredadera del patio, florecía como nunca ante sus ojos.

Entró a la sala y al ver el piano, dejó al chico sobre una silla y se sentó a tocar.

Su cabeza, más que nunca, estaba erguida frente a las notas de la pieza de música, como si la levantara después de haberla tenido mucho tiempo agachada.

Sus dedos habían perdido la modorra de todos los días y tecleaban saltando ágilmente sobre el teclado.

Con su música tapó el ruido de la radio y de la casa.

A veces echaba una ojeada sobre los objetos de la sala y le parecían distintos y nuevos, como si fueran los muebles de una casa recién instalada.

El chico se había bajado de la silla e iba por el patio gateando.

No le parecía su casa sino otra de la cual era huésped.

Delante suyo, en vez de la pieza de música, parecía haber un cristal donde estaban las magnolias de la florería y el rostro de un hombre mirándola.

Era el hombre que momentos antes le había dirigido la palabra por primera vez, al pasar junto a la florería de la esquina.

El hombre le sonreía con una sonrisa transparente, como si la mirara a través del agua de un océano.

De pronto las manos se le quedaron inmóviles sobre el teclado y su cabeza se deslizó hasta caer abandonada sobre los brazos que apoyó en el teclado.

Una vibración aguda prorrumpió del piano, como si fuera un grito salido de su boca.

Los cabellos cayéronle sobre los ojos, sumergiéndola en una penumbra tibia y algodonosa.

Una melancolía inesperada le fatigaba la voluntad, postrándole los nervios.

Los párpados se le abrían y cerraban *lentamente, como si lo* hicieran por sí mismos, sin que ella interviniera para nada en sus movimientos.

Como si hubiera enfermado repentinamente, sus miembros yacían en un abandono blando, impotente.

Desde adentro una música llegaba a sus oídos difusamente.

La tristeza de siempre la cubría como una substancia pegajosa que le impedía respirar con fuerza y moverse libremente.

El hombre de la vidriera estaba lejos, tan lejos, que le era imposible percibirlo.

Pensaba en el hombre.

Le parecía imposible que llegara a ser el amado, el único.

Tenía miedo de ser defraudada.

Tenía miedo de que fuese, aquel también, un romance fugaz.

Pensaba en el hombre.

Podía ser igual a esos que se acercan a las mujeres como asaltantes oportunistas y que no pierden la ocasión de abalanzarse sobre las que encuentran a su paso, para dejarles un recuerdo empalagoso y atiborrado de lujuriosos apremios.

¿No hubiera sido mejor interrumpir allí, en la escena de la vidriera, la presencia de ese nuevo hombre en su vida?

Por lo menos le quedaría para siempre una imagen tersa, sonriéndole desde el fondo de un océano florecido.

★

—Esther, ¿qué hacés? Estás durmiendo?

Se irguió repentinamente y con los ojos adormilados miró hacia la puerta, junto a la cual vio a alguien.

Los cabellos los tenía en desorden, como si se levantara de dormir.

—¿Te durmió la música? ¿Era alguna marcha fúnebre?

Era Inés.

Se acercó al piano y leyó en voz alta el nombre de la pieza, un fox trot de moda.

—¿Estabas tocando eso?

—Sí, ¿qué tiene?

— ¿Y te has dormido?

—Cuando se está cansada, hasta las carcajadas dan sueño.

Diciendo esto se levantó, tomando a Inés del brazo languidamente.

Su andar era trabajoso y rítmico, como si la impulsara un oleaje apacible.

La reciente atmósfera de posadumbre y angustia, la seguía envolviendo, como para obstaculizarle la marcha.

—Sí, mi primo— respondió inconscientemente.



Ese día tenía que ir al conservatorio.

Cuando salían a la calle, viró la cabeza hacia el lugar por donde había visto desaparecer, momentos antes, al hombre que le había hablado frente a la florería.

—Ese hombre me persigue, no tendré fuerzas para abandonarlo.

—¿Quién, tu primo?— preguntó Inés.

Recién se dió cuenta de que lo había dicho en voz alta.

No vió más que personas desconocidas.

Su padre, que estaba en la puerta, les preguntó:

—¿Van al centro?

—Sí.

—¿Querés certificarme esta carta?

Un detalle tan vulgar acabó por entristecerla.

El rótulo del sobre le era conocido: "César Almirez y Cía. Remates y Consignaciones".

Durante todo el trayecto, en el ómnibus, soslayaba de vez en cuando ese rótulo, como si quisiera huir de él.

Su padre estaba atado a ese nombre y ella también. Ella que quería ser libre y escoger su destino, un destino suyo, confortable, sincero.

Pero allí estaba el apellido de su primo.

Y veía a él, su primo, como a uno de esos ridículos villanos de cine, que obligan a una mujer a casarse con ellos, por cualquier medio tortuoso. ¿Cómo es posible que si no lo quiero, me case con él? Nadie obliga a casarse a nadie. Eso ocurre en los folletines o en las cintas detestables... "Soy libre.. Si mi felicidad depende de mí, no dudo de que seré feliz."

Esto último lo pensó con tal energía, que le pareció haberlo dicho en voz alta.

★

Esther entró a su casa esa tarde, como si penetrara en un recinto enmohecido y abandonado.

Había dejado un momento antes a Claudio en la esquina.

Siempre que dejaba a Claudio y entraba a su casa, sentía más que nunca una absorbente sensación de soledad.

Era un hastío idéntico al que se siente después de una fiesta, cuando uno se está quitando la ropa y se acuesta a dormir pensando que al otro día debe reanudar alguna árida labor.

—¿Quién era ese muchacho que venía con vos?

La pregunta de su madre la desconcertó, pero se sobrepuso rápidamente.

—Un amigo de Inés. Bailó conmigo aquella vez... cuando el casamiento de Ana...

—¿Eso es todo?— le dijo su madre sonriendo, y tratando de disimular su evidente curiosidad.

—Una amistad, nada más... es un muchacho muy inteligente.

Le dieron ganas de desenmascararse, porque ese subterfugio le parecía algo indigno y estúpido al mismo tiempo.

Pero no lo hizo.

Su madre quizás no le hubiera dicho nada.

—¿Lo querés?— le hubiera preguntado.

—Sí, como nunca he querido a nadie.

—Y bueno, lo principal es eso, el amor.

Sin embargo ella sabía que eso era falso.

Sí, su madre hubiese mentido.

Bien sabía Esther que ellos, los Stesser, estaban recibiendo de los Almirez, la familia de su primo, una cuantiosa ayuda económica.

Y la señora Stesser veía en el matrimonio de Esther con su primo, una perpetuación de la ayuda.

Esther conocía esos puntos de vista y callaba.

Esta cobardía la angustiaba como algo abrumador, entorpeciéndole la vida.

Su madre nunca le había manifestado esas ideas, pero para ella era peor que si lo hubiese hecho.

¿Por qué su madre no le decía de una vez: "Casate con tu primo, te conviene y nos conviene".

No. Eso no lo hubiera hecho la señora Stesser, porque a pesar de su desarrollado sentido económico, le gustaba acicalar su personalidad con ciertos ornatos sentimentales. Uno de ellos era el de aparecer como persona emotiva a toda costa, en quien primaba el espíritu sobre todo lo demás.

Era de mal gusto eso de que una mujer reparase únicamente en el dinero.

Por lo menos tenía que aparecer como sentimental, tanto como mujer bonita, cuando se pintaba.

El suyo era un sentimentalismo de tocador, pintado, adherido a su piel como una crema cualquiera. No pasaba de la superficie.

¿Por qué su madre no le hablaba de una vez con franqueza?

Lo hubiera preferido, porque así hubiera tenido motivo para desenmascararse.

Pero eso no ocurría.

Esther continuaba engañándoles, inerte, sin fuerza para decir lo que hubiera querido.

Le parecía que todos obraban mediante tretas y sinuosidades furtivas.

En su casa, le parecía que todos constituían un mundo de vidas limítrofes, aisladas cada una en su derrotero.

Cada uno escondía sus pensamientos a los ojos de los otros. Intercambiaban únicamente las ideas que convergían hacia una misma insustancialidad cotidiana.

—¿Por qué no tocás el piano? Hace mucho que no te oigo.

Como estaban en la sala, Esther no hizo más que dar unos pasos y sentarse en el taburete.

Sobre el piano había una pieza de música, colocada como para empezar una audición.

Estaba allí desde la última vez que la había ejecutado, un día en que Claudio se la trajo y ella la estuvo aprendiendo toda la tarde.

—No podría estar Claudio ahora a mi lado?— pensaba.

Enpezó a teclear, pero el recuerdo recrudecía en cada vibración, como si fuera el alma de Claudio quien articulara las notas.

Los ojos de Claudio estaban allí, diluídos en los pentagramas con la misma expresión de aquel día.

Sentía su aliento, el vigor de sus brazos flotando en la atmósfera de la pieza.

El hombre lejano y ardiente le quemaba las mejillas con sus labios nerviosos y cálidos.

La sangre de Claudio burbujeaba en las cadencias de la música, le electrizaba los dedos al rozar con ellos las teclas.

En cada nota había una partícula del hombre, un cabello, una mirada, un frenesí distante, perdido en la oscuridad del zaguán o de un cine.

Ahora la música reflejaba los cristales de la florería.

Las teclas vibraban, como si sus dedos tamborilearan sobre un cristal donde flotaba la imagen de Claudio.

De repente la música se diluía en la atmósfera de una tarde de verano donde ella y Claudio miraban la vidriera de una confitería. El cielo crepuscular enrojecía los nubarrones de una tormenta.

Después llovía y ellos iban en ómnibus, desde donde veían correr el agua y disparar a la gente.

La música le produjo el escalofrío de una lluvia imprevista.

★

Cesó de tocar.

El amor de Claudio la entristecía. Y la presencia de su madre parecía dotar a ese amor de una lejanía inalcanzable, casi vedada.

—¿Te sentís mal?— le dijo su madre, al verla abandonar el taburete.

—No..., me duele un poco la cabeza...

—Deberías leer menos. Han de ser los libros.

—Tal vez...— le contestó deseosa de eludir el diálogo y como si la fatigara al hablar en voz alta.

En ese momento llegaban visitas y aprovechó la oportunidad para escurrirse a su alcoba.

No tenía ganas de hablar con nadie.

"¡Ah, si tuviera el coraje de hacer lo que digo algunas veces!"

"Me tengo miedo a mí misma. Mi carne me traiciona. No soy la que yo pienso... Me parece estar sola luchando contra todos... Y Claudio está muy lejos para ayudarme... Claudio se mueve dentro de la órbita de un mundo distinto".

"A veces me dan ganas de decirle: Claudio, llévame en seguida... a cualquier parte, para siempre... Pero no puedo".

"Por qué no puedo obrar de acuerdo a lo que pienso?"

Cómo envidiaba a esas heroínas cinematográficas que llevan su audacia, a veces, hasta el [illegible], por no perder su libertad espiritual o por ayudar a un hombre perseguido y maltratado por la sociedad.

Hubiera querido que [illegible] inyectase esa energía [illegible] -aba y no podía sacar de sí misma.

Más tarde, cuando recordara ese pensamiento, le parecería absurdo, imposible.

Lentamente, empezó a adormecerse, como quien cede a un cansancio abrumador e ineludible.

La luz del patio emblanquecía las cortinas como si fuera de ceniza.

El ambiente moral que rodeaba a Esther [illegible] era medieval, a [illegible] los fox trots, los vestidos a la moda, las secciones de cine.

Las ideas que allí imperaban eran vetustas, como paredes agrietadas que apenas dejan filtrar la humedad de las flores nuevas.

Esther eludía, en parte, esa sofocante pesadumbre colonial, merced a un contacto diáfano y siempre renovado: los libros.

Allí se recluía para inmunizarse contra el letargo que la acechaba, en cualquier rincón de la casa.

Había tenido poco contacto con los hombres, para quienes tenía una apariencia arisca.

Con los únicos que había intimado era con su primo y últimamente con Claudio.

El primero utilizaba su privilegio de allegado, para poder casarse sin necesidad de buscar mujer en otra parte.

Carecía de espíritu, obraba, exclusivamente, mediante reacciones físicas.

Le era indistinto, por lo tanto, cualquier mujer que reuniese condiciones plásticas si no deslumbrantes, por lo menos discretas.

★

Aunque había visto a Esther con Claudio varias veces, parecía *no inquietarse*. No conocía otro lirismo que el que emana de una fusión carnal intermitente.

Claudio era más feo.

Eso le hacía adoptar cierto aire de pueril superioridad, con respecto al otro.

—Sos una mujer rara— le decía a Esther muchas veces.

Y era porque no podía comprender su fervor emocional ni su hambre de expansión afectiva.

Eso día, cuando quedaron solos, en la sala, le dijo:

—Tenés que divertirte... Cada día estás más callada.

—¿Y a qué le llamás vos divertirse?— le contestó con desgano.

—Y, a bailar, comer bombones, ir al cine con tu novio, besar...

Al decir esto pretendió hacerlo, pero Esther sintió tal repulsión, que, como si su cabeza obrara bajo la repentina acción de un tic nervioso, la retiró violentamente, igual que si eludiese a un animal venenoso.

—¿Eso es todo? Bailes, bombones, besos?— le dijo, agregando despectivamente:

—¡Qué monótono es todo ésto! Estar al lado de un hombre que no sabe más que repetir lo que oye en el cine o hablar lo que otros dicen...

—Y, ¿qué querés que te diga?

—Lo que sientes, por lo menos... ¿Cómo es posible que todos sientan lo mismo?... Porque todos hablan una cosa aprendida de memoria. Siempre las mismas palabras, las mismas intenciones.

Se arrepintió de haberlo dicho. Se arrepintió por Claudio... Pero es que estaba tan acostumbrada a pensar así...

Sonriendo, como si no hubiera pensado todo lo que acababa de decir, se sentó frente al piano y empezó a teclear despaciosamente un vals que hastan entonces no había ejecutado, como si fuera deletreando las palabras de un idioma desconocido. Percibía en sí misma un coraje inaudito y desacostumbrado.

—Sos una mujer rara, Esther, ¿quién te comprende?

El Drama de James Barrie

POR

SOLARI AMONDARAIN

ILUSTRACION DE GUIDA

LA vida de James Mateo Barrie, el hombre que en la pedana de la ficción inglesa hoy comparte con Rudyard Kipling la admiración de los 40 millones de compatriotas, se inicia como el primer capítulo de una novela folletinesca y continúa como el segundo acto de los dramas.

En 1860, respira la vida por la ventana de una modesta casona de Nottingham y años más tarde espía el mundo desde las columnas de un agónico periodicucho de su ciudad natal.

Gana una bicoca y hace de todo.

Pasea pueblos y se codea con personajes desde la sección telegramas. Maneja las finanzas mundiales en la columna respectiva. Toca grandes justas deportivas y hechos policiales, y, con su pluma, hasta da consejos sobre lo que debe mostrar y ocultar la mujer, en la página de modas. Es uno de esos inconfundibles "redactor único" de nuestros periódicos de tierra adentro.

El mismo se ha trazado una silueta de aquel entonces: "un mozo tímido, zafio, desmañado, poco jovial, muy dado a los libros y poco a las compañías, al cual se podía ver a menudo deambulando a la luz de la luna en las inmediaciones del Castillo, con sus pensamientos trescientas millas rumbo Norte, pero también con la determinación de no desperdiciar una oportunidad que lo llevara un día hacia el Sur." ¡El Sur!... ¡Londres! Esa era su obsesión; idea pertinaz que pujaba la inquietud de su espíritu.

Con la esperanza de encontrar algo para él, se leía ansioso todos los avisos de los grandes rotativos londinenses. Un día, supo de una plaza *que no le venía del todo mal. En un periódico* de finanzas de Londres hacía falta un redactor. "Habrá que escribir de cotizaciones, de la suba y la baja de la libra, de las oscilaciones de los mercados —se dijo—. Esto podré hacerlo muy bien." Lió sus petates y se marchó a la pegajosa capital.

Cuando se presentó, el puesto ya había sido llenado. Sin duda era su destino que sus relaciones con el dinero no fuesen únicamente teóricas. Pero aprovechó de esa breve estancia en Londres, relacionándose con un magazín literario. Y de vuelta a su puesto de "redactor único" en el periodismo de Nottingham, envió unas colaboraciones que le fueron aceptadas. Esto era para el buen James Barrie su mas manoseado triunfo. No pudo más, y le escribió al director de la revista literaria, expresándole sus deseos de irse definitivamente a la gran metrópoli. "Con sólo una libra por semana, estoy conforme", le decía.

Esperó impaciente la ansiada respuesta. Ya tenía listas sus maletas cuando llegó la carta. "Por favor, no venga usted —le escribía el director— aquí se morirá de hambre..." Pero Barrie, todo optimismo e inexperiencia, todo veinte años, no le creyó.

Dejó de ser el "redactor único" del periodicucho de Nottingham, para pasear por entre la fría y compacta niebla de las calles londinenses el rollo de sus ilusiones. Vagabundeaba solo. Desamparado. Sin ese primer amigo —también en derrota— que se nos cruza para desahogo de íntimas cuitas. Sentía que el frío le roía los huesos. Las paredes de su estómago batían un ardentoso vacío. ¡Pero soñaba!...

Días terribles los suyos, pero que no cambiaba por los de Nottingham. A esa edad, un sentimiento hace temer más que a la tempestad, a la calma misma...

—¿Fué acaso en esos días de bohemia que su imaginación tuvo el extraño poder de remontarle a "Nunca-Jamás", ese país de ensueño del cual regresó con su hijo y amigo Peter Pan?... No es solamente posible sino probable. James Barrie miraba la vida de abajo y quiso treparla de un golpe.

Peter Pan, es el sueño de un niño, se ha dicho. Uno de esos sueños infantiles que le llevó al deleite de vivir en esa región encantada —país de maravillas donde hay "una ciudad no construída por la mano del hombre", poblada por hadas de nombres legendarios— matando gigantes, bandidos y dragones con sus sables de hojalata y pistolas de plomo, y que, quizás, tuvo Barrie, en una de esas noches, mientras dormía en el umbral de una puerta cualquiera o en el banco de una plaza...

El valor de Peter Pan no radica en la composición ni estriba tampoco en la concepción; *está sólo y esencialmente en su espíritu; hay que* creer en Peter Pan —se ha afirmado— porque Barrie cree... Sueño intenso, profundo el suyo, las descripcines de sus páginas, más que fantasías parecen jirones de realidades vividas.

Se cuenta de James Mateo Barrie, que en esos tiempos de infortunio conoció a un joven, modesto periodista, que le ayudaba en cuanto estaba a su reducido alcance. El mayor de [illegible] favores consistía en facilitarle un irreprochable gabán que poseía. Emponchado en la ajena prenda de vestir, Barrie se introducía — pasando inadvertido entre esa feria de elegancia y ostentación— al "writing room" de los grandes hoteles de Londres, donde encontraba a su disposición papel suficiente para volcar los primeros frutos de su inspiración... Confirman la veracidad de esta anécdota, los originales de su humorada "La mejor muerte", que está escrita en pliegos que llevan estampados membretes de conocidos hoteles.

El buen amigo de Barrie, el anónimo repórter confundido en el montón, que le prestaba el gabán (para el que puede reclamarse la vitrina de un museo) no era otro que Herbert George Wells, quien al correr del tiempo habría de llegar a ser el festejado autor de "La Guerra de los Mundos".

Si la amistad que hoy une a estas dos celebradas personalidades de las letras británicas tuvo por orígenes la santa hermandad de los comienzos, *a través de la misma se comprende* toda la sencilla grandeza que encierran los afectos desinteresados.

Abriéndose brecha a codazos en las redacciones, James Mateo Barrie se considera un vencedor. Puede ver cumplido su anhelo: bien o mal, vivir en Londres.

Luego consigue editar "La mejor muerte", y casi simultáneamente "Viejos idilios", tramas salpicoteadas de humorismo de primer agua, que público y crítica reciben con satisfacción.

Más tarde y caminando ya por sobre el terreno firme de la consagración, sale del vientre augusto de las prensas su primera novela: "A Window in Thrums". El dorado manto de la popularidad se deja caer también sobre él, cobijando su nombre, y coincidiendo esto, precisamente, con el apogeo de la fama de Rudyard Kikling. Entre ambos se reparten el público inglés, y mientras uno surte la literatura de exotismo oriental, el otro cultiva la "musa doméstica y familiar y las bellas tradiciones de la "merry old England".

Barrie baja repetidas veces a la arena de esa disputa de lectores portando bajo el brazo —a su vez— "Alicia siente la cabeza", "Peter Pan", "Mary-Luz", etc., y "El admirable Crichton", que le valió el título de baronet como reconocimiento de Jorge V.

James Mateo Barrie ahora es Sir James Mateo Barrie. El taciturno Sir. Porque el hombre que ha hecho reír a millones y millones de seres, es un místico. El que nos ha tirado a manos llenas moneditas de ilusión, es un asceta. El que ha sabido tocar todos los registros de la alegría, es un melancólico incurable. El hombre que creó a Peter Pan, no ha podido volver con su espíritu... Le dejó en aquella región de maravillas. Aquí en la tierra vive un misticismo impenetrable. El silencio de su vida, ya nadie lo podrá quebrar...

De vez en cuando saca a pasear por las calles de Londres su soledad. No tiene casi amigos, huye de las compañías y no habla nunca ni ríe jamás.

No hace mucho se asoció a un club de "silentes". Allí, los asociados son un conglomerado de mutismos. Nadie habla jamás y todos se reúnen cotidianamente a leer, estudiar y mirar callados el desfile de las horas. Un día, al retirarse Barrie —que es un delato de abandono y una andante ausencia de sí mismo— se llevaba, distraído, un sombrero que no era el suyo. El dueño, al observar el equívoco, se vió en el trance de violar la consigna y le dirigió la palabra. Barrie reconocido, le devolvió el sombrero, pero, irritado, al día siguiente mandó su renuncia, expresando que no podía continuar siendo socio de un club donde se quebranta el silencio.

La directiva del club de los "mudos" expulsó al buen señor que había dirigido la palabra a Barrie, e hizo que éste retirara su renuncia.

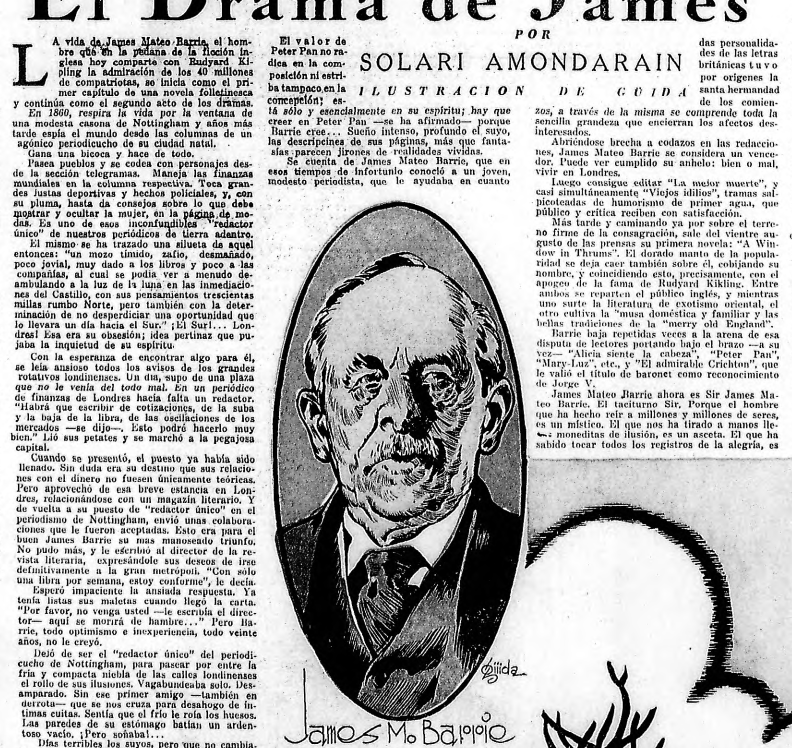
Y allí, entre esos "mudos aburridos", pasa Barrie sus mejores horas...

Magnífica cosa sería Sir James Mateo Barrie si pudiera irse al soñado país de "Nunca-Jamás" a juntarse de nuevo con su espíritu. O si le fuera dable hacerle retornar a la tierra para encerrarlo en su persona y fulminar la misantropía que le hace vivir en tan fría temperatura social.

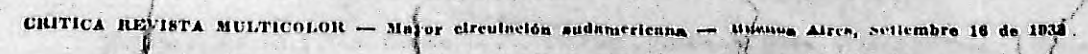
El de Barrie es un caso de tristeza sin cura. *Nos lo dice la vieja fábula del payaso y el médico:*

—"Para usted, buen hombre, la mejor medicina es la alegría; procure reírse, reírse mucho; distráigase; vaya al circo del pueblo y deléitese con las felices ocurrencias del payaso"...

—"¡Pero, doctor, si el payaso del circo soy yo!..."







HOMBRES DE LAS ORILLAS,

por F. Bustos

ILUSTRACION DE SORAZABAL



A MI tan luego, hablarme del finado Francisco Real. Yo lo conocí, cuándo no, y eso que éstos no eran sus barrios porque él sabía tallar más bien por el Norte, por esos laos de la laguna de Guadalupe y la Batería. Arriba de tres veces no lo traté, y esas, en una misma noche, pero es noche que no se me olvidará, como que en ella vino la Lujanera porque sí, a dormir en mi rancho y Rosendo Juárez dejó, para no volver, el Arroyo. A ustedes, claro que les falta la debida esperiencia para reconocer ese nombre, pero Rosendo Juárez el Pegador, era de los que pisaban más juerte por Villa Santa Rita. Mozo acreditao pal cuchillo y era uno de los hombres de D. Nicolás Paredes, que era uno de los hombres de Morel. Sabía llegar de lo más paquete a los atrios en un oscuro, con las prendas de plata; los hombres y los perros lo respetaban y las chinas también; nadie inoraba que estaba debiendo dos muertes; usaba un chambergo alto de ala finita sobre la melena grasienta; la suerte lo mimaba, como quien dice. Los mozos de la Villa le copiábamos hasta el modo de escupir. Sin embargo, una noche nos ilustró la verdadera condición de Rosendo.

Parece cuento, pero la historia de esa noche rarísima empezó por un placero insolente de ruedas coloradas, lleno hasta el tope de hombres, que iba a los barquinazos por esos callejones de barro duro, entre los hornos de ladrillos y los huecos, y dos de negro, déle guitarriar y aturdir, y el del pescante que les tiraba un fustazo a los perros sueltos que se le atravesaban al moro, y un emponchado iba silencioso en el medio, y ese era el Corralero de tantas mentas, y el hombre iba a peliar y a matar. La noche era una bendición de tan fresca; dos de ellos iban sobre la capota volcada, como si la soledá juera un corso. Ese jué el primer sucedido de tantos que hubo, pero recién después lo supimos. Los muchachos estábamos dende temprano en el "salón" de Julia, que era un galpón de chapas de cin, entre el camino de Gaona y el Maldonado. Era un local que usté lo divisaba de lejos, por la luz que mandaba a la redonda el sinvergüenza del farol, y por el barullo también. La Julia, aunque de humilde color, era de lo más conciente y formal, así que no faltaban musicantes, güen beberaje y compañeras resistentes pal baile. Pero la Lujanera, que era la mujer de Rosendo, las sobraba lejos a todas. Se murió, señor, y digo que hay años en que ni pienso en ella, pero había que verla en sus días, con esos ojos. Verla, no daba sueño.

La caña, la milonga, el hembraje, una condescendiente mala palabra de boca de Rosendo, una palmada suya en el montón que yo trataba de [sen]tir como una amistá: la cosa es que yo estaba más feliz. Me tocó una compañera muy seguida, que iba como adivinándome la intención. [El] tango hacía su voluntá con nosotros y nos [arre]aba y nos perdía y nos ordenaba y nos volvía [a e]ncontrar. En esa diversión estaban los hom[bre]s, lo mismo que en un sueño, cuando de golpe [me] pareció crecida la música, y era que ya se entreveraba con ella la de los guitarreros del co[ch]e, cada vez más cercano. Después, la brisa que [la] trajo, tiró por otro rumbo, y volví a atender mi cuerpo y al de la compañera y a las conversiones del baile. Al rato largo llamaron a la puerta con autoridá, un golpe y una voz. En seguida un silencio general, una pechada poderosa [a] la puerta y el hombre estaba adentro. El hombre era parecido a la voz.

Para nosotros no era todavía Francisco Real, pero sí un tipo alto, fornido, trajeado enteramente de negro, y una chalina de un color como bayo, echada sobre el hombro. La cara recuerdo que era aindiada, esquinada.

Me golpeó la hoja de la puerta al abrirse. De puro atolondrado me le juí encima y le encajé la zurda en la facha, mientras con la derecha sacaba el cuchillito filoso que cargaba en la sisa del chaleco, junto al sobaco izquierdo. Poco iba a durarme la atropellada. El hombre, para afirmarse, estiró los brazos y me hizo a un lado, como despidiéndose de un estorbo. Me dejó agachado detrás, todavía con la mano abajo del saco, sobre el arma inservible. Siguió como si tal cosa, adelante. Siguió, siempre más alto que cualquiera de los que iba desapartando, siempre como sin ver. Los primeros — puro italianaje mirón — se abrieron como abanico, apurados. La cosa no duró. En el montón siguiente ya estaba el Inglés esperándolo, y antes de sentir en el hombro la mano del forastero, se le durmió con un planazo que tenía listo. Jué ver ese planazo y jué venírsele ya todos al humo. El establecimiento tenía más de muchas varas de fondo, y lo arriaron como un cristo, casi de punta a punta, a pechadas, a silbidos y a salivazos. Primero le tiraron trompadas, después, al ver que ni se atajaba los golpes, puras cachetadas a mano abierta o con el fleco inofensivo de las chalinas, como riéndose de él. También, como reservándolo pa Rosendo, que no se había movido para eso de la paré del fondo, en la que hacía espaldas, callado. Pitaba con apuro su cigarrillo, como si ya entendiera lo que vimos claro después. El Corralero fué empujado hasta él, firme y ensangrentado, con ese viento de chamuchina pifiadora detrás. Silbado, chicoteado, escupido, recién habló cuando se enfrentó con Rosendo. Entonces lo miró y se despejó la cara con el antebrazo y dijo estas cosas.

—Yo soy Francisco Real, un hombre del Norte. Yo soy Francisco Real, que le dicen el Corralero. Yo les he consentido a estos infelices que me alzaran la mano, porque lo que estoy buscando es un hombre. Andan por ahí unos bolaceros diciendo que en estos andurriales hay uno que tiene mentas de cuchillero y de malo, y que le dicen el Pegador. Quiero encontrarlo pa que me enseñe a mí, que soy naides, lo que es un hombre de coraje y de vista.

Dijo esas cosas y no le quitó los ojos de encima. Ahora le relucía un cuchillón en la mano derecha, que en fija lo había traído en la manga. Alrededor se habían ido abriendo los que empujaron, y todos mirábamos a los dos, en un gran silencio. Hasta la jeta del mulato ciego que tocaba el violín, acataba ese rumbo.

En eso, oigo que se desplazaban atrás, y me veo en el marco de la puerta seis o siete hombres, que serían la barra del Corralero. El más viejo, un hombre apaisanado, curtido, de bigote entrecano, se adelantó para quedarse como encandilado por tanto hembraje y tanta luz, y se descubrió con respeto. Los otros vigilaban, listos para dentrar a tallar si el juego no era limpio.

¿Qué le pasaba, mientras tanto a Rosendo, que no lo sacaba pisotiando a ese balaquero? Seguía callado, sin alzarle los ojos. El cigarro no sé si lo escupió o si se le cayó de la cara. Al fin pudo acertar con unas palabras, pero tan despacio que a los de la otra punta del "salón" no nos alcanzó lo que dijo. Volvió Francisco Real a desafiarlo y él a negarse. Entonces, el más muchacho de los forasteros silbó. La Lujanera lo miró aborreciéndolo y se abrió paso con la crencha en la espalda, entre el carreraje y las chinas, y se jué a su hombre y le metió la mano en el pecho y le sacó el cuchillo desenvainado y se lo dió con estas palabras:

—Rosendo, creo que lo estarás precisando.

A la altura del techo había una especie de ventana alargada que miraba al arroyo. Con las dos manos recibió Rosendo al cuchillo y lo filió como si no lo reconociera. Se empinó de golpe hacia atrás y voló el cuchillo derecho y fué a perderse ajuera, en el Maldonado. Yo sentí como un frío.

—De asco no te carneo — dijo el otro, y alzó para castigarlo, la mano. Entonces la Lujanera se le prendió y le echó los brazos al cuello y lo miró con esos ojos y le dijo con ira:

—Dejalo a ése, que nos hizo creer que era un hombre.

Francisco Real se quedó perplejo un espacio y luego la abrazó como para siempre y les gritó a los musicantes que le metieran tango y milonga, y a los demás de la diversión, que bailáramos. La milonga corrió como un incendio de punta a punta. Real bailaba muy grave, pero sin ninguna luz, ya pudiéndola. Llegaron a la puerta y gritó:

—¡Vayan abriendo cancha, señores, que la llevo dormida!

Dijo, y salieron sien con sien, como en la marejada del tango, como si los perdiera el tango.

Debí ponerme colorao de vergüenza. Dí unas güeltitas con alguna mujer y la planté de golpe. Inventé que era por el calor y por la apretura y juí orillando la paré hasta salir. Linda la noche, ¿para quién? A la vuelta del callejón estaba el placero, con el par de guitarras derechas en el asiento, como cristianos. Dentré a amargarme de que las descuidaran así, como si ni pa recoger changangos sirviéramos. Me dió coraje de sentir que no éramos naides. Un manotón a mi clavel de atrás de la oreja y lo tiré a un charquito y me quedé un espacio mirándolo, como para no pensar en más nada. Yo hubiera querido estar de una vez en el día siguiente, yo me quería salir de esa noche. En eso, me pegaron un codazo que jué casi un alivio. Era Rosendo, que se escurría solo del barrio.

—Vos siempre has de servir de estorbo — me rezongó al pasar, no sé si para desahogarse, o ajeno. Agarró el lado más oscuro, el del Maldonado; no lo volví a ver más.

Me quedé mirando esas cosas de toda la vida — cielo hasta decir basta, el arroyo que se emperraba solo ahí abajo, un caballo dormido, el callejón de tierra, los hornos — y pensé que yo era apenas otro yuyo de esas orillas, criado entre las flores de sapo y las osamentas. ¿Qué iba a salir de esa basura sino nosotros, gritones pero blandos para el castigo, boca y atropellada no más? Sentí después que no, que el barrio cuanto más aporriao, más obligación de ser guapo. ¿Basura? La milonga déle loquiar, y déle bochinchar en las casas, y traía olor a madreselvas el viento. Linda al ñudo la noche. Había de estrellas como para marearse mirándolas, unas encima de otras. Yo forcejiaba por sentir que a mí no me representaba nada el asunto, pero la cobardía de Rosendo y el coraje insufrible del forastero no me querían dejar. Hasta de una mujer para esa noche se había podido aviar el hombre alto. Para esa y para muchas, pensé, y tal vez para todas, porque la Lujanera era cosa seria. Sabe Dios qué lado agarraron. Muy lejos no podían estar.

Cuando alcancé a volver, seguía como si tal cosa, el bailongo.

Haciéndome el chiquito, me entreveré con el montón, y ví que alguno de los nuestros había rajado y que los norteros tangueaban junto con los demás. Codazos y encontrones no había, pero sí recelo y decencia. La música parecía dormilona, las mujeres que tangueaban con los del Norte, no decían esta boca es mía.

Yo esperaba algo, pero no lo que sucedió.

Ajuera oimos una mujer que lloraba y después la voz que ya conocíamos, pero serena, casi demasiado serena, como si ya no juera de alguien, diciéndole:

—Entrá, m'hija — y luego otro llanto. Luego la voz como si empezara a desesperarse.

—¡Abrí te digo, abrí guacha arrastrada ,abrí, perra! — Se abrió en eso la puerta tembleque, y entró la Lujanera, sola. Entró mandada, como si viniera arreándola alguno.

—La está mandando un ánima — dijo el Inglés.

—Un muerto, amigo — dijo entonces el Corralero. El rostro era como de borracho. Entró, y en la cancha que le abrimos todos, como antes, dió unos pasos marcados — alto, sin ver — y se fué al suelo de una vez, como poste. Uno de los que vinieron con él, lo acostó de espaldas y le acomodó el ponchito de almohada. Esos ausilios lo ensuciaron de sangre. Vimos entonces que traiba una herida juerte en el pecho; la sangre le encharcaba y ennegrecía un lengue punzó que antes no le observé, porque lo tapó la chalina. Para la primer cura, una de las mujeres trujo caña y unos trapos quemados. El hombre no estaba para esplicar. La Lujanera lo miraba como perdida, con los brazos colgando. Todos estaban preguntándole con la cara, y ella consiguió hablar al fin. Dijo que luego de salir con el Corralero, se jueron a pasear a un campito, y que en eso cae un desconocido y lo llama como desesperado a pelear y le infiere esa puñalada y que ella jura que no sabe quién es y que no es Rosendo. ¿Quién le iba a creer?

El hombre a nuestros pies se moría. Yo pensé que no le había temblado el pulso al que lo arregló. El hombre, sin embargo, era duro. Cuando golpeó, la Julia había estao cebando unos mates y el mate dió la vuelta redonda y volvió a mi mano, antes que falleciera. "Tápenme la cara", dijo despacio, cuando no pudo más. Sólo le quedaba el orgullo y no quería que le curiosiáramos todos las morisquetas de su muerte. Alguien le puso encima el chambergo negro, que era de copa altísima. Se murió abajo del chambergo, sin queja. Cuando el pecho acostado dejó de subir y bajar, se animaron a descubrirlo. Tenía ese aire fatigado de los dijuntos; era de los hombres de más coraje que hubo en aquel entonces, dende la Batería hasta el Sur; en cuanto lo supe muerto y sin habla, le perdí el odio.

—Para morir no se necesita más que estar vivo — dijo una del montón, y otra, pensativa también:

—Tanta soberbia el hombre, y no sirve más que pa juntar moscas.

Entonces los norteros jueron diciéndose una cosa despacio y dos a un tiempo la repitieron juerte después:

—Lo mató la mujer.

Uno le gritó en la cara si era ella, y todos la cercaron. Ya me olvidé que tenía que prudenciar y me les atravesé como luz. De atolondrado, casi pelo el fiyingo. Sentí que muchos me miraban, para no decir todos. Dije como con sorna:

—Fíjense en las manos de esa mujer. ¿Qué pulso ni qué corazón va a tener para clavar una puñalada?

Añadí, medio desganado de guapo:

—¿Quién iba a soñar que el finado, que asegún dicen, era malo en su barrio, juera a concluír de una manera tan bruta y en un lugar tan enteramente muerto como éste, ande no pasa nada, cuando no cae alguno de ajuera para distrairnos y queda para la escupida después?

El cuero no le pidió biaba a ninguno.

En eso iba creciendo en la soledá un ruido de jinetes. Era la policía. Quien más, quien menos, todos tendrían su razón para no buscar ese trato, porque determinaron que lo mejor era traspasar el muerto al arroyo. Recordarán ustedes aquella ventana alargada por la que pasó en un brillo el puñal. Por ahí pasó después el hombre de negro. Lo levantaron entre muchos y de cuanto centavo y cuanta zoncera tenía, lo alijeraron esas manos y alguno le hachó un dedo para refalarle el anillo. Aprovechadores, señor, que así se le animaban a un pobre dijunto indefenso después que lo arregló otro más hombre. Un envión y el agua correntosa y sufrida se lo llevó. Para que no sobrenadara, no sé si le arrancaron las vísceras, porque preferí no mirar. El de bigote gris no me quitaba los ojos. La Lujanera aprovechó el apuro para salir.

Cuando echaron su vistazo los de la ley, el baile estaba medio animado. El ciego del violín le sabía sacar unas habaneras de las que ya no se oyen. Ajuera estaba queriendo clariar. Unos postes de ñandubay sobre una lomada estaban como sueltos, porque los alambrados finitos no se dejaban divisar tan temprano.

Yo me fuí tranquilo a mi rancho, que estaba a unas tres cuadras. Ardía en la ventana una lucesita, que se apagó en seguida. De juro que me apuré a llegar, cuando me dí cuenta. Entonces, Bustos, volví a sacar el cuchillo corto y filoso que yo sabía cargar aquí, en el chaleco, junto al sobaco izquierdo, y le pegué otra revisada despacio, y estaba como nuevo, inocente, y no quedaba ni un rastrito de sangre.

Una Infancia Entre los Mormones

por

LUIS W. LARSEN

ILUSTRACIONES DE PREMIANI

★



MIS primeros recuerdos de la poligamia se remontan a un día lleno de sol, en que yo llegué desde el fondo del jardín y me encontré en la puerta de la cabaña de mi madre frente a dos hombres extraños. Yo apenas medía centímetros y esos dos extraños me parecían gigantes de libros de cuentos.

—¿Dónde está tu padre, muchacho? — quiso saber uno de ellos.

—Yo he estado afuera plantando radicha — fué todo lo que pudieron saber por mí.

Luego, supe que ellos, al alejarse, previnieron a mi padre contra ciertas cosas. Esos caballeros eran delegados del gobierno de los Estados Unidos y estaban ciegamente empeñados en la persecución de una media docena de mormones polígamos en nuestra pequeña villa. Cuando se fueron, mi padre se llegó hasta la cocina, y en exultante conversación con mi madre quedé envanecido al oírles decir que mi respuesta a esos delegados había sido "inspirada".

Esto a una edad realmente tierna quedó condicionado en mi mente con la idea de que la poligamia es una institución divina. Sin duda, el Señor estaba de lado de esos hombres santos que tenían pluralidad de esposas. Y sin duda, esos delegados eran los curiosos emisarios de un mundo de pecadores confabulados contra los santos. Este incidente confirmó mi ya firme convicción de que pertenecía al pueblo elegido y me impresionó, niño como era, hasta convencerme de que no debía dar cuartel al enemigo.

Pasaría bastante tiempo hasta que mi padre se encontrara en "el subterráneo". El subterráneo, en mi imaginación infantil, era algún lugar de caverna donde esos inocentes fugitivos, los polígamos, se ocultaban santamente escapando a las perdidas manos de sus perseguidores. He sabido después que, en esas ocasiones, mi padre se ocultaba en la casa de algún vecino de su amistad u observaba las cosas desde el domicilio de su segunda esposa, que habitaba en otro villorrio.

En la extraña localidad donde pasé mi infancia, vivían cuarenta y dos raras familias, o mejor dicho, cabezas de familias, seis de los cuales eran polígamos. Cada uno de estos hombres tenía así el problema de despistar a los delegados. Supongo que su estrategia, al objeto, era la misma. Consistía en perderse de vista cada vez que se veían caras desconocidas en la poblacion.

En una ocasión, el "hermano" Nielsen, por ejemplo, trataba de hacer funcionar sus instalaciones de riego, cuando inesperadamente, su vigilante tercera esposa hizo la señal convenida con un trozo de franela roja, indicando que se acercaban los delegados de la moral.

No tuvo tiempo de regresar al corral y se ocultó entre las parvas. Los dos extraños individuos llegaron hasta las puertas de la casa y se encaminaron hacia el campo. Las aguas que irrigaban la tierra, eran una muestra bien clara de que alguien había abierto las compuertas y que debía hallarse por allí atendiendo ese trabajo. Ellos no lo habían visto todavía, pero no había lugar alguno para ocultarse. Desde las parvas Nielsen se dirigió en seguida al canal principal donde se sumergió por completo dejando sobresalir solamente las aletas de la nariz. Los delegados deambularon por allí... pero no dieron con él, en aquella ocasión.

El "hermano" Rankin era otro de los hombres buscados. Le oí referir su relato como un ejemplo más de fuga providencial. El se había estado ocultando durante todo el tiempo, hasta que llegó el momento en que su cosecha se perdería si no empleaba la hoz. Si tan solamente volviera al campo, distante dos millas de donde se encontraba, en pocos momentos podría acabar con la tarea, mientras su esposa mantenía la vista alerta desde los límites de la granja. Así, se desfiguró con ropas y un sombrero de otra de sus mujeres. Sabía que los delegados andaban por las cercanías de la población y no quería correr riesgos.

En el camino principal, sentado al lado de su esposa que conducía el vehículo, parecía lo debidamente inocente, pero apenas hubieron hecho una parte del trayecto, cuando se toparon con un hombre desconocido que guiaba un carro. El hizo detener a las "mujeres", sonrió complacido ante ellas y les preguntó si no tenía idea dónde podía ver al "hermano" Rankin. La señora de Rankin, tuvo una idea súbita. Señalando hacia el Este, dijo:

—El hermano Rankin... creo que es uno de esos dos hombres que están por allí, en el trigal.

El extraño se mostró muy cordial, casi efusivo, en su agradecimiento. Llegó hasta las tranqueras del campo en que se hallaban los hombres señalados, y encaminó su vehículo hacia ellos. Pero apenas se hubo internado en el lugar, empezó a hundirse su vehículo en la tierra anegadiza. Intentó guiar a su caballo, dando un rodeo, pero apenas lo hizo, llegaron a sus narices unos olores insoportables, para ver en seguida que su carro se hundía casi hasta la mitad, en el fango. Persistió en seguir y el lodo le llegó a la cintura. Con grandes esfuerzos logró desandar el camino, pero no podía sacar del pantano, sin ayuda de alguien, el carro y el caballo.

No estando tan apurado, paseó por allí hasta llegar al extremo de ese campo de empantanamiento. Cuando se acercó a los "hombres" que buscaba, se encontró que éstos eran niños de no más de diez años de edad.

—¿Quisiera saber, muchachos, si ustedes me ayudarían a sacar el carro y el caballo del maldito pantano en que los he metido? — dijo a los niños.

Su persona, dado el estado en que se hallaba, suscitaba compasión, pero ambos niños eran de familias mormones, y solamente respondieron con una carcajada.

Finalmente, le preguntaron:

—¿Cómo diablos llegó hasta aquí?

—Me dijeron que el "hermano" Rankin andaba por aquí, y quería hablar un momento con él.

—¿Usted quiere hablar con el "hermano" Rankin, ¿no? Entonces puede dejar que su carro y caballo echen raíces allí.

Y, dicho esto, los muchachos se marcharon por el camino por el cual el otro había venido.

2

Sí, los mormones estaban en estrecho contacto para la defensa de sus perseguidos derechos a la poligamia. Los delegados no solamente se ensañaban con unos pocos hombres, sino que también la emprendían contra toda la Iglesia, y la defensa del sistema era una causa común. Cada uno de los miembros leales tenía algo en la apuesta. Solamente algún ocasional y traidor correveidile podría mantener connivencia con los delegados.

Fué principalmente este temor a la deslealtad lo que hizo necesario mantener los matrimonios "plurales" en el mas obscuro secreto. Cuando alguno de los fieles tomaba esposa, la noticia de ello era guardada todo lo que era posible entre los íntimos de las familias interesadas. Pero el matrimonio, después de un tiempo, tiene medios propios para proclamarse por sí mismo por encima de los tejados, y era solamente cuestión de meses para que comenzaran las habladurías.

La nueva esposa "pluralizada" era una especie de mujer misteriosa. Frecuentemente vivía durante mucho tiempo con sus propios parientes. En otros casos, se domiciliaba en una aldea vecina, de no ser invitada a vivir bajo el mismo techo con la primera esposa. Esta última forma de convivencia triangular era, naturalmente, lo excepcional. Pero sé, por lo menos, de un caso en que este acuerdo poligámico constituyó una verdadera bendición doméstica. Las dos mujeres eran, más o menos, de la misma edad. Compartían el mismo comedor, pero tenían dormitorios aparte. Esta asociación ideal no fué molestada hasta la llegada de niños, lo que hizo necesario la construcción de una segunda casa.

Hasta los hijos de la primera mujer no siempre estaban al tanto de lo que se relacionaba con la nueva esposa, pues los niños suelen hablar... y la murmuración se inicia. La ocasional ausencia del padre debía ser explicada de alguna manera por la madre leal. Finalmente, llegaría el día embarazoso en que Johnny y Anna verían a papá con una mujer extraña, probablemente en momentos en que le prodigaba miles de indescriptibles atenciones. Esta sería presentada a los hijos de su marido como tía. Pero, tarde o temprano, ella sería conocida por ellos como la esposa que era, y sus hijos, como medio hermanos y hermanas.

Yo asistí hace pocos años al sepelio de los restos de un eminente polígamo, cuya posteridad se cuenta por centenares. Las tres esposas que le sobrevivieron conferenciaban con los hijos acerca del orden en que marcharía el cortejo y la disposición de los ritos. Repentinamente, una mujer desconocida penetró en la sala en que se hallaban, con un niño pequeño en sus brazos.

—Yo soy una de las esposas del "hermano" Butterfield — dijo, con gran calma, — y esta criatura es su hija.

Conociendo al difunto y comprendiendo sus expansivos puntos de vista en materia de procreación, los familiares no pudieron decirle así nomás que era una impostora. Ella ocupó su lugar con derecho en la ceremonia. Luego presentó pruebas documentales de su unión con el extinto y participó en el reparto de sus bienes.

3

Los escarceos amorosos de los polígamos eran, naturalmente, de un gran colorido en la clandestina práctica del matrimonio plural. Los hombres audaces llegaban en esto a desplegar una nueva técnica al cortejar a las mujeres. La sanción de una autoridad de la Iglesia era, ciertamente, la llave obvia para el acercamiento. El bravo aspirante podía comprometer fácilmente a una mujer en una discusión casual acerca de la doctrina de la Iglesia, llevándola derechamente ante la perspectiva de la gloria eterna. Ella, por su parte — si era un hombre ya casado — dejaría escapar un profundo suspiro y haría notar el encanto del matrimonio plural. De eso al hecho había un paso breve, sospecho.

La concepción común del polígamo mormón, la de hombre grave, de largas barbas, es errónea. La mayoría de esos hombres que se ataban a varias esposas, eran personas jóvenes, o en edad mediana, cuando daban esos pasos fatales. Las barbas crecían con el transcurso de los años, pero nunca después de los días de amor encendido. Tengo motivos para creer que muchas jóvenes apetecibles desearían convertirse en segundas o terceras esposas de un arriesgado joven mormón. Cierto, existe la imagen menos encantadora de muchachos agobiados por el trabajo para mantener jóvenes esposas dignas de la mejor suerte.

Un polígamo que conocí se casó con dos mujeres que eran compañeras inseparables. No se produjo ninguna ruptura en la camaradería de las jóvenes durante los festejos que el marido prodigaba a la segunda, ni durante mucho tiempo después de su casamiento. La vida de casadas las encontró tan amigas como siempre lo fueran, hasta el punto de usar iguales vestidos y sombreros. En la casa o afuera, siempre se hallaban juntas, y en la iglesia permanecían de brazos. Naturalmente, el marido estaba satisfechísimo de que sus mujeres se mostraran tan amigas. Toda la villa señalaba al trío como un modelo de familia polígama.

Luego, un día, algo ocurrió que acabó con la triple unión. La primera esposa hizo salir de la casa a la segunda y le prohibió usar en adelante el apellido del marido.

En muchos casos los mormones contraían enlace con dos hermanas a la vez. Era creencia común de que preferían este acuerdo debido a que las hermanas debían mostrarse más inclinadas a vivir agradablemente en este género de unión delicada. En mi opinión, empero, estas uniones no eran tanto el resultado de deliberados propósitos, como de circunstancias casuales. La hermana menor vivía más de continuo que ninguna otra mujer cerca del marido de la hermana casada, y esto la ponía en situación más probable de ser festejada por él.

La poligamia, sea dicho de paso, fué una bendición de Dios para las solteronas. Ellas podían procurarse un marido por sí mismas. Las mujeres jóvenes y más agraciadas constituían probablemente, la primera elección del aspirante a la gloria. Las solteronas ya entradas en años solían desechar cualquier motivo mundano al emprender su casamiento, sosteniendo razones más pías y propósitos más espirituales.

4

La poligamia a veces se inclinaba ante los arteros recursos del aventurero. La religión no siempre era el motivo, aunque invariablemente servía de pretexto. Conozco la historia que me refiriera un muchacho acerca de su madre, que hizo del principio de poligamia una excusa para sus depredaciones amorosas. Este "padre", cuando joven, llegó desde no recuerdo qué lugar del Este de la Unión. Se le había ocurrido que ese era un lugar próspero y entró a trabajar en una granja. El granjero tenía dos hijas encantadoras y el recién llegado empezó en el acto a llevar a la práctica sus planes.

Su primer paso consistió en organizar la banda de música, ocupación que lo llevó inevitablemente a una participación activa en la vida del pueblo. Pronto mostró interés por la religión mormónica, y esta chispa de interés se convirtió en llamarada de convicción por obra de su devoto patrón. Fué bautizado en secreto y se convirtió en ardiente partidario de la Iglesia. En tanto, él mantenía una mirada vigilante sobre las dos hijas de su amo.

Un día hizo proposiciones matrimoniales a la mayor de ellas. Ella se sintió envanecida. Siendo un "forastero" y simpático, se había convertido en algo así como un ídolo para las mujeres con deseos de casarse. Podía haber escogido a cualquiera de ellas. Por cierto que se casaría con él... y por cierto que el padre se sentía orgulloso de haber acercado a él hasta ese grado a ese joven converso. La pareja recibió un lote de tierra para trabajar e instalaron su casa.

Varios años después, y antes de que naciera el primer hijo, él llegó a su esposa para decirle:

—He estado pensando bastante durante los últimos tiempos acerca del matrimonio plural. Me parece algo maravilloso. ¿Alguna vez se te ocurrió por casualidad...?

—Sí, George — le interrumpió ella. — Yo y mi hermana Rosa hemos hablado de esto muchas veces. Pensamos lo mismo que tú al respecto.

—¡Mary! — exclamó él en un estallido de afecto, estrechándola en sus brazos.

En esta forma se concertó una nueva unión. En su debida oportunidad nació un niño, y en oportunidad igualmente debida, Mary dió a luz su segundo hijo. El joven polígamo se halló hecho hombre responsable del bienestar de dos familias. Desde el momento que no podía mantener a Rosa en una casa aparte, ella fué invitada a participar del humilde hogar de su hermana. Se mostraban sumamente cordiales, cada una de ellas consciente de sus derechos y deberes. Pero esto en nada amenguaba la exigencia para George en la tarea de tratar de proveer a las necesidades de la casa. Cuando aumentaron las cargas, empezó a perder interés por sus dos hermosas mujeres. Durante varios años luchó encarnizadamente y el día en que Rosa le manifestó que iba a ser madre por tercera vez, desapareció.

Rosa falleció varios años después, y dejó sus hijos al cuidado de Mary. Mucho después, la mujer que había sobrevivido oyó que George había regresado al Este, y que cuando llegara por primera vez al desierto, había abandonado a una mujer y a una criatura. Al llegar al dintel de la madurez, Mary se casó con un viejo viudo. Sentía inclinación a decir a sus hijos que ellos no pertenecerían en el otro mundo a su errante padre terreno, sino al hombre religioso que lo había substituído.

El polígamo típico era el hombre con dos mujeres. He oído decir, sin embargo, que el número ideal, es de tres. No pocos mormones devotos se fueron tan lejos en aceptar junto con sus amores, la responsabilidades de un matrimonio múltiple. Algunos, por cierto, tenían cuatro o cinco esposas, y los pilotos más arriesgados se lanzaban al mar proverbial con media docena o más. Sospecho que era la desilusión que atacaba a los que se ataban a la segunda mujer lo que hizo que muchos polígamos se detuvieran en este número.

★ Gualicho Indio ★

por

CLODOMIRO CORDERO

★

INDIA, netamente pampa, era "mamá Másima", como la llamaban. Vieja, viejísima más bien, cuando la conocí me dejó un recuerdo imborrable. Había amamantado en mi casa a todos o casi todos los hijos del jefe de "su hombre", ño Ponce, el sargento Ponce, un coloso hercúleo que formó parte en los ejércitos de Rozas en su adolescencia, más tarde en los de la guerra civil y, por último, se batió en los esteros del Paraguay, seguido siempre con fidelidad perruna por su china, en los buenos tiempos de la juventud en que fueron teniendo hijos por el trayecto.

Viuda ya del gigantesco criollazo, diseminada su prole a los cuatro vientos, como es ley para los pobres, los achaques la obligaron a volver a la casa de mi familia, donde para mi niñez tuvo el complicado atractivo de cierto temor que le guardaba por su aspecto, su vejez indefinible, y sobre todo por sus historias de brujas y aparecidos, así como por mi afición a las tortas fritas, las empanadas y otras glorias cocineriles en que era maestra.

Mi alma, como la de todos los niños, deseosa de fruiciones escalofriantes, se encantaba con los relatos que llenan de pavor y buscaba la tertulia de "mamá Másima", sobre todo por que de ella se decía en mi casa que, hija de un cacique pampa, por la dignidad de su rango, fué iniciada su adolescencia en los misterios del "gualicho", o sea ordenada en brujería.

A dar fe de ello contribuían su vejez, su rostro duro surcado de fuertes y hondas arrugas, un ojo nublado que acentuaba su fealdad y el aspecto de momia que tenía plenamente cuando por la noche y a oscuras, se sentaba sobre sus talones en la puerta de la cocina, haciendo brillar a ratos el tizón de su cigarro.

Tenía la casa que habitábamos en un lejano barrio del sur, un cierto aspecto colonial, con su puerta de reja, dos patios llenos de plantas florales que eran gloria en estío así como acentuaban las melancolías invernales.

Las tardes en que la lluvia volvía opacos los muros y abrillantaba las hojas durables del plantío, "mamá Másima" salía de su mutismo diciendo que iba a hacer tortas fritas y a cebarme mate con cedrón, cáscara de naranja y azúcar quemada, lo que constituía mi delicia.

Terminada la colación, "mamá Másima" encendía su cigarro y en silencio contemplábamos el gotear de las hojas del boscaje, las lagunillas que el agua formaba en las viejas baldosas del patio y el melancólico decrecer de la tarde aguzado por el triste son del clarineo del cuartel cercano.

. . . .

—Cómo fué "mamá Masima" lo de la mujer engualichada?



—¡Bah! ¡Déjense de injundios y llorar dijuntos empecacaus! — contestaba fastidiada, por que en ello veía una alusión a su fama de bruja.

. . . .

—¿Venganza?... Justicia india?... No lo sé. Verdadera o infundada la historia no dejaba de ser sujestiva.

. . . .

Allá por las márgenes del Quequén, desde el año 60, apacentaba numerosos vacunos un poblador arriesgado que, siguiendo el ejemplo de Juan Manuel de Rozas, para librarse de los "malones" había celebrado "tratados" con los salvajes que asolaban el país, y debido a ello respetaban sus haciendas y poblaciones.

En este establecimiento de campo vivieron durante mucho tiempo "mamá Másima" y su hijo Rudecindo, que era domador, pero nunca pudimos saber de los labios de aquella la causa por la cual abandonó las orillas del Quequen para venir a mi casa.

"Mamá Másima", hermética y ceñuda, pasó largos años en mi hogar, hasta que un buen día, más achacosa que nunca, nos dijo que presentía el fin de su vida y quería ir a ver, por última vez, a su hijo Rudecindo y los pagos donde nació, e inútiles fueron las exhortaciones y los ruegos para que no nos dejara y no emprendiera un viaje tan largo a su edad.

Mientras, decidido ya su viaje a la tierra de sus mayores, preparaba sus humildes petates, me llamó aparte y me dijo en tono indiferente según su modalidad:

—Vea niño. Vd. siempre ha sido muy curioso y esa es una mala costumbre que trái muchos dijustos, pero áura que me voy y no he de golver porque estoy muy vieja y siguro que me viá morir pronto, le dejo é regalo la petaca é cuero é potro que tanto quiso curiosiar dende chico. Perú á de ser con una condisión: que si yo no guelvo antes de Semana Santa, abra la petaca la noche del Viernes Santo y va a encontrar una muñequita é trapo, toda llena de arfileres pinchúes en la cabeza: sáquelos, guarde el más largo y el sábado a medio día, cuando en las iglesias canten Gloria, clave el arfiler largo en el corazón de la muñeca, que así podré descansar después de mi muerte. Si hace ésto la petaca se la dejo como recuerdo d'esta pobre india que mucho tiene que arreglar con Dios.

. . . .

No olvidé el encargo de "mamá Másima", sobre todo por un irresistible deseo de adueñarme de la petaca de cuero al par que de sus misterios, y sin dar parte a los míos cumplí fielmente su mandato.

. . . .

Pasó el tiempo y hacía muchos meses que "mamá Másima" se había ido a sus pagos, cuando un buen día apareció por mi casa su hijo Rudecindo, criollo fortachón de tipo granadero, el cual, dando interminables vueltas a su chambergo gaucho, pidió hablar con la patrona.

Recibido, notició la muerte de "mamá Másima", ocurrida el martes Santo, y entre los diversos detalles que nos dió, coincidentes con la triste nueva, dijo que tres días después la esposa del patrón de la estancia del Quequen, doña Eleuteria, que desde la partida de la india —a quien se le achacaba un "gualicho"— había perdido la razón, recuperó su lucidez pero murió a las pocas horas, y, a modo de comentario, Rudecindo terminó su parte en forma sentenciosa:

—¡Pobre patrona!— ¡que en paz descansa, ánima bendita!— pero pu'ayá en el Quequen, dicen que jué muí mala, en particular con mama y el trastorno le vino por castigo'e Dios.

. . . .

Un escalofrío recorrió mi cuerpo al oír el relato de Rudecindo y, medroso y angustiado, le pregunté:

—¿Y cuando murió la patrona Doña Eleuteria?...

—Justito el sábado a l'aura en que cantan Gloria...— contestó.

. . . .

Entonces, aterrado, comprendí el mas allá inexorable que había en el encargo de "mama Másima", la cual por mi intermedio, si era cierta y eficaz su hechicería, por mi mano, después de muerta, había completado su venganza india, develándose el misterio.

Ilustraciones de Rechain.